EL SILENCIO

II ANTOLOGÍA HISPANOAMERICANA DE NARRATIVAS EN CÁRCELES

EL SILENCIO

SEGUNDA ANTOLOGÍA HISPANOAMERICANA
DE NARRATIVAS EN CÁRCELES

El silencio

LECTURAS
EN EL ENCIERRO
Red iberoamericana
de bibliotecas e iniciativas
de fomento lector en cárceles

AUTORIDADES

PRESIDENCIA DE LA REPÚBLICA

PRESIDENTE
Yamandú Orsi

VICEPRESIDENTA
Carolina Cosse

MINISTERIO DE EDUCACIÓN Y CULTURA

MINISTRO DE EDUCACIÓN Y CULTURA
José Carlos Mahía

SUBSECRETARIA DE EDUCACIÓN Y CULTURA
Gabriela Verde

DIRECTOR GENERAL DE SECRETARÍA
Carlos Varela

DIRECCIÓN NACIONAL DE EDUCACIÓN

DIRECTOR NACIONAL DE EDUCACIÓN
Gabriel Quirici

Octubre 2026

ISBN - Formato impreso: 978-9974-36-616-9
ISBN - Formato digital: 978-9974-36-617-6

ÁREA DE EDUCACIÓN, DERECHOS Y TERRITORIO

RESPONSABLE
Federico Ponce
Magdalena Gulla

PROGRAMA NACIONAL DE EDUCACIÓN EN CÁRCELES

EQUIPO TERRITORIAL
COORDINACIÓN
Nicolás Jara

ASISTENTES
Estefanía Próspero
Federico Veiga
Gabriela Miraballes
Natalia Rognoni

DISEÑO Y CREATIVIDAD GRÁFICA
Dani Scharf

CORRECCIÓN DE ESTILO
Pilar Barreiro

EQUIPO EDITOR
Diego Ramírez López (Profesional coordinador de comunidad
y territorio- BiblioRed, Colombia.)
Miguel Rivera Donoso (Coordinador de Plan de Bibliotecas en Recintos
penitenciarios de Chile- SERPAT) y equipo del Programa Nacional
de Educación en Cárceles.

En esta publicación se presentan textos realizados en más de cuarenta prisiones de seis países hispanoamericanos:

Argentina
Chile
Colombia
España
México
Uruguay

LEEN Lecturas en el encierro
Red Iberoamericana de bibliotecas e iniciativas de fomento lector en cárceles

Ministerio de Educación y Cultura
Dirección Nacional de Educación
Programa Nacional de Educación en Cárceles

SERPAT Servicio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio
Gobierno de Chile

SNBP Sistema Nacional de Bibliotecas Públicas

BIBLORED
Red Distrital de Bibliotecas Públicas de Bogotá
Alcaldía Mayor de Bogotá D.C.
Secretaría de Cultura, Recreación y Deporte
Bogotá

La antología conserva los textos originales por respeto a la libertad expresiva de las personas privadas de libertad, a su espontaneidad y autenticidad de sus palabras. Los aspectos formales de la gramática han sido relegados voluntariamente para dar lugar a la voz esencial de sus autores.

Algunas de las ilustraciones que aparecen identificadas en esta Antología provienen del Taller López de la Torre. Grupo de Investigación Yo lo vi: prácticas artísticas, políticas de representación y derechos humanos, de Facultad de Artes, Universidad de la República. Este espacio educativo realiza este y otros intercambios de saberes con el PNEC - MEC.
Docentes: Ana Laura López de la Torre, Federico Puig.
Estudiantes: Nattali Brun, Milena Leyton, Agustina Murillo, Laura Villar.

Aclaración: No obstante la imposición lingüística acerca de los modelos de género, a efectos de hacer más fluida la lectura de estos documentos, se usará el masculino genérico que en todos los casos refiere a ambos sexos.

PRESENTACIÓN

Esta segunda publicación sobre historias escritas e ilustradas desde las cárceles es una invitación a navegar entre las luces y las sombras que se relatan en torno al silencio. Es también una oportunidad de acercarse a las vivencias, experiencias, sueños y anhelos de quienes encuentran en esta antología una posibilidad de contarlas.

Al igual que la primera antología, surge de la articulación interinstitucional a nivel regional entre el Programa Nacional de Educación en Cárceles del Ministerio de Educación y Cultura del Uruguay; BibloRed, Red Distrital de Bibliotecas Públicas de Bogotá, Colombia; Las Bibliotecas en recintos penitenciarios del Sistema de Bibliotecas Públicas de Chile y RedLeen Iberoamérica. Mantenemos el objetivo de amplificar las voces desde el encierro y, en esta oportunidad, lo que tienen para decir las personas privadas de su libertad sobre el silencio.

El silencio entendido en una multidimensionalidad es mucho más que la ausencia de sonido, es lo callado y lo no dicho, son los recuerdos guardados con la vulnerabilidad escondida detrás de cada rostro que lo sostiene. En estas narrativas, lo oculto, lo inefable y lo entrañable de lo humano buscan salir y volverse palabra para compartir y sobrevivir. Silencios difíciles, confusos, íntimos que al leerlos facilitan la comprensión de un mundo donde los tiempos y los silencios son distintos. A su vez, el silencio, desde la privación de libertad puede simbolizar todo lo que *no se puede decir*, lo que pasa cuando su presencia aparece en los pasillos o en las celdas, o cuando en su ausencia se expresa en el bullicio constante de barrotes, de voces hacinadas y músicas entremezcladas.

Instalamos esta temática sobre la mesa para reivindicar lo silenciado y para que a través de esta publicación pueda trascender fronteras físicas y simbólicas. Al mismo tiempo, se ha buscado que en los relatos se reconozca la dimensión humana que convive en nosotros y para que quienes las escribieron e ilustraron perduren en el tiempo junto a sus historias.

Por otra parte, la temática también se encuentra vinculada a la primera antología *Las máscaras que habito*, en tanto ellas, las máscaras, construyen identidad y son testigos de la historia que quiere contarse, son las palabras y las imágenes que buscan elegir o romper el silencio.

Esperamos que esta publicación sea una invitación para encontrarse con las experiencias, expectativas, recuerdos y ficciones de quienes se atrevieron a dejar su huella y compartieron lo que tienen para decir. Que la escritura siga siendo el camino para expresar nuestros sentires, alzar la voz y romper el silencio para recordarle al mundo que estamos vivos.

Equipo editor

PRÓLOGO

A la sombra de uno de mis árboles favoritos, me dispongo a leer una serie de cuentos, relatos y memorias de momentos en los que -según parece- no habita el ruido.. El Programa Nacional de Educación en Cárceles del Ministerio de Educación y Cultura de Uruguay me invitó gentilmente a prologar una colección que no conocía ... y me dispongo a ello. Mientras avanzo y recorro todos estos textos, me encuentro -de repente- a la par de quienes encontraron en el silencio, una conexión infinita. Me adentro en el viaje. Sin buscarlo, aparecen respuestas a muchas preguntas que alguna vez me hice respecto a los seres que transitan el encierro, lo resisten o lo toleran, aprenden a conocerlo en profundidad y también lo interpelan ... Ahí, donde los días se cuentan entre paredes y el hierro huele y suena fuerte, descubro que aparece el silencio como un refugio común. Silencio de ruidos y de palabras, silencio de razones, silencios de perdón y silencio de pensamientos que aturden. Silencio antes de un gesto, silencio que revisa cuidadosamente cada palabra a punto de ser pronunciada, silencio de las noches y los días acompañados en soledad y también silencio de almas que solo gritan hacia adentro, buscando algún día gritar al viento todos los silencios juntos. La lectura me devuelve sus historias, me trae ficción y también relato fiel de alguna época feliz o no tanto ... En silencio las piensan y en silencio las escriben, es casi una introspección liberadora, casi una virtud. Como lector celebro la propuesta, la invitación a la escritura y, fundamentalmente, celebro la motivación, y esa posibilidad de despertar inquietudes ..., que puedan llevar a cada párrafo un deseo libre, donde la palabra dicha o no dicha, se escapa del encierro y viaja, lo trasciende ... Muchas de mis canciones hablan del silencio y lo

retratan con varias de sus caras: el silencio cómplice, aturdidor y vergonzante de otras épocas o el silencio que ocultan las grandes ciudades hasta el silencio apacible de un atardecer en el campo. Pero si intento en este prólogo reflejar una particularidad que encontré a lo largo de la colección, donde rescato un silencio necesario y guardián de memorias, sentimientos y también decisiones, me viene a la mente la frase de una canción que dice: «Extrañarte es igual a los silencios de una canción, si no están no hay lugar para respirar» .

León Gieco

PRÓLOGO

La escritura abre un espacio para expresar experiencias, recuperar recuerdos, elaborar preguntas y compartir miradas sobre el mundo. En contextos de encierro, donde tantas dimensiones de la vida cotidiana están condicionadas, la posibilidad de escribir y ser leído adquiere un valor particular: permite que circulen voces, historias y pensamientos que merecen ser escuchados.

Silencio, esta antología de narrativas en cárceles, nos invita a acercarnos a esas voces y a reconocer en la creación literaria una experiencia de expresión, encuentro y aprendizaje.

Esta obra también nos recuerda que la complejidad y la ambigüedad de los sentidos son referencias ineludibles para abordar, sin soluciones simplistas, las formas de intervenir cultural y pedagógicamente en las cárceles.

El silencio puede ser una oportunidad para resistir, pensar y acercarse a la libertad. Puede parecer contradictorio vincularlo con la escritura y la expansión de la palabra. Sin embargo, también hay palabras en el silencio: una forma de síntesis de aquello que las personas privadas de libertad pueden compartir y enseñarnos a través de sus experiencias y de los procesos educativos que impulsa el Programa Nacional de Educación en Cárceles.

Al poner en valor el carácter democrático de la educación y su aporte a la construcción de una sociedad más justa y segura, y al reconocer

la innovación literaria y pedagógica de Silencio, la Dirección Nacional de Educación reafirma su compromiso con la educación en cárceles y con la necesidad de generar los apoyos que permitan profundizar y sostener estas experiencias.

Porque garantizar el derecho a la educación también es abrir espacios para la palabra, la creación y la posibilidad de construir otros futuros.

Gabriel Quirichi

ÍNDICE

Los sentidos y el silencio
José Tomás Moore 27

5|L3N5|0
Cecilia Wernyjowski 31

Carta para mi nuevo amigo
Yamandú Blanco 35

Silencio ensordecedor
Jhonny González López 37

Solo
Luis Godoy 41

Calladas entre rejas ...
Romané 45

Silencio criminal
Víctor Hugo Arias Lozano 47

Elogio del silencio (por: Lukas)
Pedro Andrés Rodríguez Melo 49

El silencio: la paradoja del eco de libertad
Víctor Andrés Tello Franco 53

Perspectiva bíblica del silencio
Oscar García 57

El espectro
Patricio Espinoza Saavedra 61

Ruido eterno
Héctor Julio Martínez Africano 65

La alquimia del silencio
H. O. Esparza 69

Un grito en la madrugada
Erick Von Heartkeart 73

” El silencio “
Alexander López Tabima 77

Conociéndome a mí misma
Nilza Rosanna González López 81

El silencio de la verdad
David Morales Gutiérrez 85

Realidad
Hugo Nelson Restrepo Betancur 89

El silencio
Juan Roberto Vásquez Vargas 91

Pasillos que aturden
Stephanie Rodríguez 93

Paisaje circular
Carlos Ledesma 95

La selección de los desaparecidos
Jorge Pacheco 99

El Silencio de Fulano
Sr. Fulano 103

“Me habló el silencio”
Sr. Virus 107

El que mira al cielo
José Manuel Romero Lemos 111

Mi historia real
Matilde Delgado 115

El silencio que construye libertad
Horacio Acero Efrez 119

La carreta del silencio
Yeison Andrés Castillo Feo 123

El sonido del silencio carmesí ...
Álvaro Fernando Benavides Mora 129

Yo que sé ...
Favio Likai 131

Donde todo empieza
Florencia Tucuna 135

Sin título
Facundo 139

Entre notas y silencios
Luis Acuña, Diego Furtado y Gonzalo Rotela 143

El tren de la vida
Hueso CE 145

Los tesoros que la vida me regaló
Melysol JCV 149

La única verdad
Esteban Pérez, Marcos Ibáñez y Nicolás Benítez 153

Silencio
Javier Magariños 155

Novia eterna
Nacho Madera 159

¡Noches claras, días oscuros!
Un reo 163

Elijo la vida
Gustavo Leal 167



Ilustración: Unidad N.° 3. San José, Uruguay. Autor: Santiago Rotela.

JOSÉ TOMÁS MOORE*

Los sentidos y el silencio

Fue la bala.
La sentencia veraz que ajusta cuentas.
No la oí entrar.
Las balas no piden permiso.
Solo llegan.

Primero se fue el gusto. Un sabor a metal caliente en la boca. Después nada. La lengua se llenó de agua espesa, sin nombre. El olfato cayó enseguida. La pólvora. Debió oler a pólvora. A calle. A miedo. No olí nada. El mundo se lavó las manos de mí en un segundo.
Respiro y el aire pasa limpio, inútil, como si ya no fuera para mí. El tacto aguantó tres segundos más. Sentí el golpe. No dolor. Golpe. Como un empujón de dios. Me llevé la mano al pecho. Había un cuerpo prestado que ya no responde. El oído me mintió. Me dio un último concierto: el zumbido de la sangre escapando, el fuelle de la respiración rompiéndose, el tambor del corazón fallando una vez, dos, tres... Hasta que calló. Sin sangre que bombear, no hay ruido. Quedó la vista. Los ojos abiertos. De par en par. El cielo encima. Gris. Después no-gris. No negro.

Así mueren los sentidos, en silencio y por silencio. El carruaje del alma, las ideas, los sueños. Dejan de tener sentido los sentidos y se cambia por silencio. Absoluto. Lo demás está en la prensa, sigue siendo literatura, no crónica roja.

Para qué ver si el cielo no te devuelve la mirada. Para qué gustar si la última cena ya pasó. Para qué oír si no hay voz que grite tu nombre mientras caes.

Cuando los sentidos se van por la causa, no queda paz.
No queda oscuridad.
Queda el silencio.
El que deja una bala cuando termina su trabajo.

No es ausencia de ruido.
Es ausencia de mí.
Y el silencio, sin lengua, ni piel, ni oído que lo sienta, me dice lo único que queda por saber: ¡Estoy muerto!
La bala lo supo antes que yo.
El silencio tiene razón de ser...
Ya no soy.

* Cárcel y Penitenciaría de Media Seguridad "la Modelo"; Bogotá. Colombia.



Ilustración: Unidad N.° 3. San José, Uruguay. Autor: Santiago Rotela.

CECILIA WERNYJOWSKI*

5|L3N5|0

#x#x#x#x#x#x#x#x#x#x#x#x#x#x#x#x#x#x#x#x#x#x#x#x#x#x#x#x#x#x#x#xxx
#x#x#x#x#x#x#x#x#x#x#x#x#x#x#x#x#x#x#x#x#x#x#x#x#x#x#x#x#x#x#x#x#x
|||||||||||||||||||||||||||||||||||||||||||||||||||||||||||||||||
///// ruido ///// ruido ///// ruido ///// ruido ///// ruido /// ruido /////
|||||||||||||||||||||||||||||||||||||||||||||||||||||||||||||||||
++++++++++ golpes +++ pensamientos +++ golpes +++ pensamientos
																					Ya no aguanto el ruido															
																					y en silencio espero																	
																					que todo se calle alguna vez .											
																					No hay dónde ir.																					
																					No hay dónde esconderse															
																					cuando se te derrumba la mente,						
																					cuando te aturden los pensamientos.		
																					Cuando la mente se vuelve tu enemiga	
																					y en las madrugadas,																	
																					cuando sólo los gallos cantan a lo lejos,
																					el sueño no llega.																					
																					Entonces los pensamientos abrazan			
																					con demasiada fuerza.																	
																					El dolor se vuelve agudo.															
																					Las lágrimas recorren el rostro.							

																							Y el silencio,																							
																							que debería salvarme,																	
																							también hace ruido.																			
#x#x#x#x#x#x#x#x#x#x#x#x#x#x#x#x#x#x#x#x#x#x#x#x#x#x#x#x#x#x#x#x#x
||||||||||||||||||||||||||||||||||||||||||||||||||||||||||||||||||
#x#x#x#x#x#x#x#x#x#x#x#x#x#x#x#x#x#x#x#x#x#x#x#x#x#x#x#x#x#x#x#x#x
||||||||||||||||||||||||||||||||||||||||||||||||||||||||||||||||||
///// ruido ///// ruido ///// ruido ///// ruido ///// ruido /// ruido /////
||||||||||||||||||||||||||||||||||||||||||||||||||||||||||||||||||
++++++++++ golpes +++ pensamientos +++ golpes +++ pensamientos
||||||||||||||||||||||||||||||||||||||||||||||||||||||||||||||||||

* Unidad N.° 16; Paysandú. Uruguay.

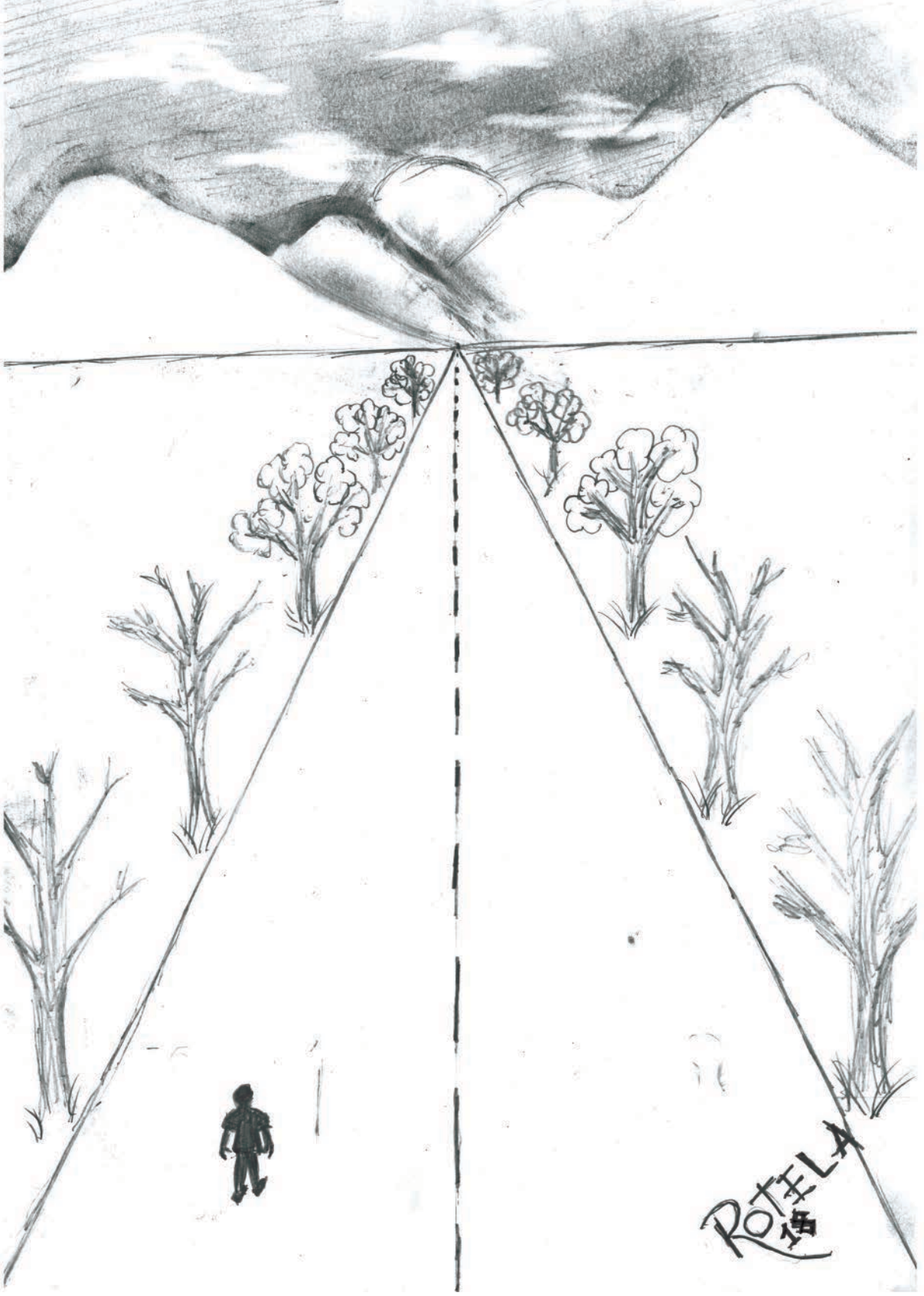


Ilustración: Unidad N.° 3. San José, Uruguay. Autor: Santiago Rotela.

YAMANDÚ BLANCO*

Carta para mi nuevo amigo

Pensar que antes te evitaba, no quería hacerte frente y que, hoy por hoy, tan bien que nos llevamos. A veces te busco yo, a veces me encontrás vos.

La realidad es que hoy te respeto, porque aprendí a apreciarte y hasta a escucharte. Entiendo que no hay nadie como vos para escucharme, mi buen compañero de paz y tranquilidad. Los dos sabemos que cuando me encontrabas, buscaba siempre la manera de ahuyentarte, que nunca me había permitido conocerte, quizás por miedo a terminar siendo un ermitaño, quizás porque supe y sé, que no podemos estar todo el tiempo juntos.

Hoy compartimos un rato al día, en el cual aprendí a disfrutar y aprovechar esa paz transmitida para aclarar mis pensamientos y en ocasiones plasmarlos en un papel. Hoy estamos en armonía porque aprendí que las únicas palabras que merecen existir son las que te superan a vos, el silencio.

* Unidad N.° 4; Montevideo, Uruguay.

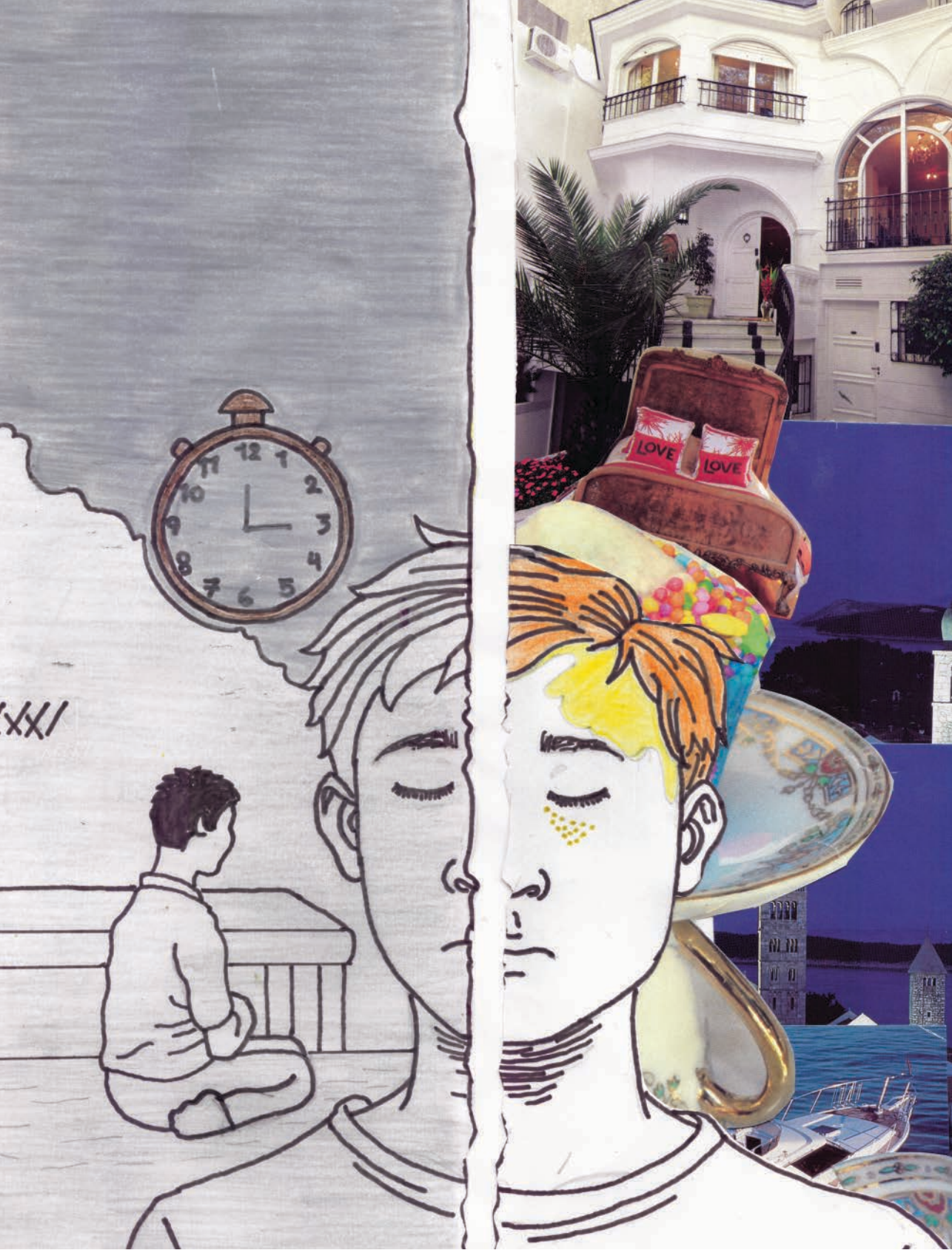


Ilustración: Unidad N.° 3. San José, Uruguay. Autor: Santiago Rotela.

JHONNY GONZÁLEZ LÓPEZ*

Silencio ensordecedor

El sollozar de mi compañero de celda rompe el armónico vaivén de un mutismo que, a las tres de la mañana, mientras dormía, me había transportado al cómodo sillón de la casa de mamá. Al despertar, el acre olor del silencio, pesado y arrollador, gravitaba en el ambiente tratando de huir de aquel sórdido sollozo, que al percatarse de mi, ya, consciente presencia, cesa y da paso, nuevamente, al silencio ensordecedor de la madrugada.

En este estruendoso silencio, bajo el peso de la culpa y el recuerdo, los barrotes se regocijan en una danza arrítmica, burlesca y socarrona que en su cinismo me recuerda el imperceptible, pero inexorable paso de las horas y con ella la infalible llegada del alba que anuncia un nuevo ciclo de grilletes, rutina y sobrevivencia. Y así, la tonfa que grita en la puerta de la celda anuncia el comienzo de un nuevo día, un nuevo juego que solo se puede ganar si el silencio externo de la noche, se convierte en fuente de poder para alimentar el silencio interior, el silencio liberador.

Si das un paso en falso puede ser el último de tus pasos. El patio es un laberinto cuya entrada y salida hay que aprender de memoria, el mismo camino a diario, si doblas en la esquina equivocada pueda que nunca encuentres la salida. La nueva raya en la pared me advierte que ya van dos mil trescientos veintisiete días, siete horas, seis segundos, siete, ocho, nueve...

El silencio es la única salvación; sin embargo, en este preciso momento, el barullo interno es más fuerte que los cientos de voces que al unísono expelen palabras no dignas de perpetuar en un relato.
No puedo esperar a las horas de la noche para refugiarme en ese silencio teletransportador; es ahora, aún entre leones que amenazan con robar mi paz; en medio de minas que al caminar pueden estallar; miradas insidiosas, palabras soeces, estrujones provocativos, que debo hacer del silencio mi mejor cómplice. No son los otros, es mi paz interior la que está perturbada, no hay silencio en mí, no hay libertad.

Así transcurre el día extrañando la noche, añorando la quietud, el sosiego, la paz de la madrugada.
Pero ya no es el tic tac del reloj quien determina cuándo debe haber paz en mí y cuándo no; ya no es la oscuridad de la noche la que hace que el silencio me grite al oído que debo ser libre; ahora el rugir del río San Juan de mi infancia se presenta ante mis oídos; el olor del sancocho de la abuela ensancha mis fosas nasales; las caricias de mi hermanita son patentes en mis mejillas, son reales, soy libre.

* Cárcel y Penitenciaría de Media Seguridad de El Espinal; Tolima. Colombia.

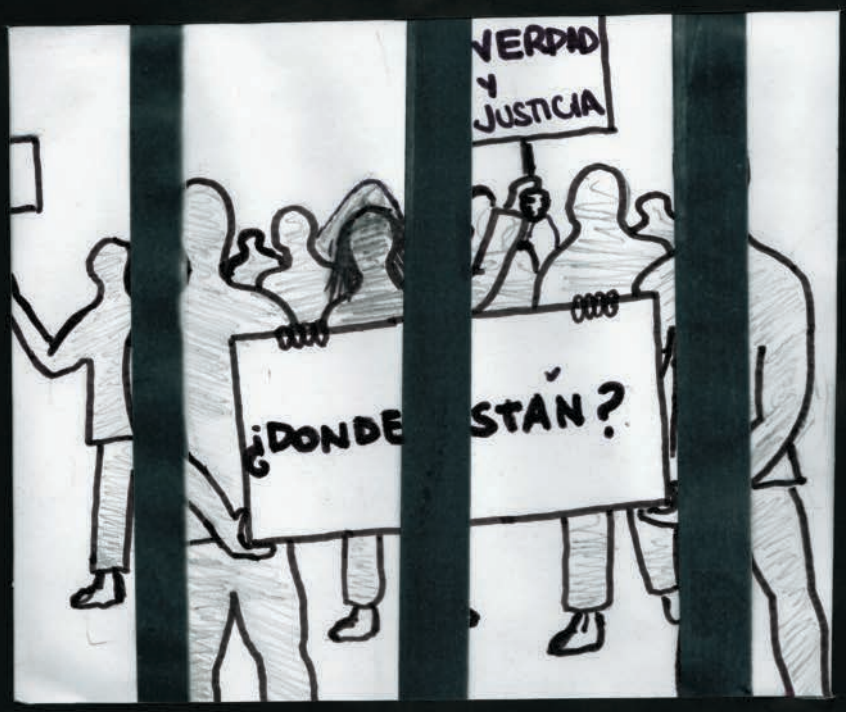




Ilustración: Unidad N.° 3. San José, Uruguay. Autor: Santiago Rotela.

LUIS GODOY*

Solo

Desde esta celda aislada no veo el cielo ni el tiempo por los pasos de los guardias, por el ruido del hierro, por el silencio que dejan los nombres cuando alguien desaparece.

Nos llaman presos políticos, subversivos, peligrosos, pero antes de esta cárcel éramos estudiantes, trabajadores, madres, padres, hijos, compañeros.
Éramos personas que soñaban con un país donde pensar distinto no fuera un delito.
En las noches más largas escucho gritos que vienen de otros pasillos.
Algunos duran segundos, otros quedan para siempre en la memoria.
A veces alguien golpea la pared tres veces para avisar que sigue vivo.
Otras veces el silencio responde y entendemos que se llevaron otro más.
Lo peor no fueron solamente las torturas.
Lo peor fue la desaparición.
Este método frío de borrar cuerpos, voces, fotografías, abrazos, hacer sufrir también a quienes quedaban afuera esperando noticias que nunca llegaban.

Mi madre recorría cuarteles preguntando por mí le decían que no existía registro, que seguramente me había ido del país que dejara de buscar. Pero las madres siempre saben.
Saben cuando el estado miente.
Saben cuando el miedo quiere transformarse en olvido.

Desde esta celda entendí que la impunidad no termina cuando se abren las puertas de la prisión.
La impunidad continúa cuando los responsables callan, cuando los archivos permanecen cerrados, cuando todavía hay familias preguntando dónde están sus desaparecidos.
Hoy escribo estas palabras porque el silencio también puede ser una forma de resistencia.
Porque cada nombre recordado le gana un poco a la muerte.
Porque todavía hay quienes marchan con fotografías en alto, con pasos lentos y ojos cansados, exigiendo verdad y justicia.
Mientras exista una sola madre buscando a su hijo, mientras exista un solo desaparecido sin respuestas esta historia no pertenece al pasado.
Desde esta celda aislada escucho la marcha allá afuera, no puedo verla, pero imagino el sonido de miles de personas.
Caminando juntas en silencio.
Ese silencio no es vacío.
Ese silencio grita.
¿Dónde están?

* Unidad N.° 4; Montevideo. Uruguay.



Ilustración: Unidad N.° 3. San José, Uruguay. Autor: Santiago Rotela.

ROMANÉ*

Calladas entre rejas ...

Hora del encierro, correr a arreglar tus cosas para la cuenta y subir a la pieza, un lugar donde nadie puede interrumpir cuando me pongo a pensar. Desear poder gritar tantas injusticias, donde las lágrimas quedan retenidas ante la impotencia de tantas cosas que puedes ver aquí ... deseando poder gritar, ayudar dando ánimo. Pero no nos callemos ... aunque es mejor estar calladas, porque también en parte perdemos la libertad de expresarnos. Cuidar tu conducta, conducta para poder tener tu libertad.

Libertad, una palabra que significa mucho para poder extender tus brazos y abrazar a tus seres queridos, como a tus hijos y familia que esperan pronto tu llegada a casa. Tu madre con ansias ruega a Dios que termine luego esta pesadilla para poder estar juntas como antes.

Te amo, mamá.

* Centro Penitenciario Femenino de Arica; Arica y Parinacota. Chile.

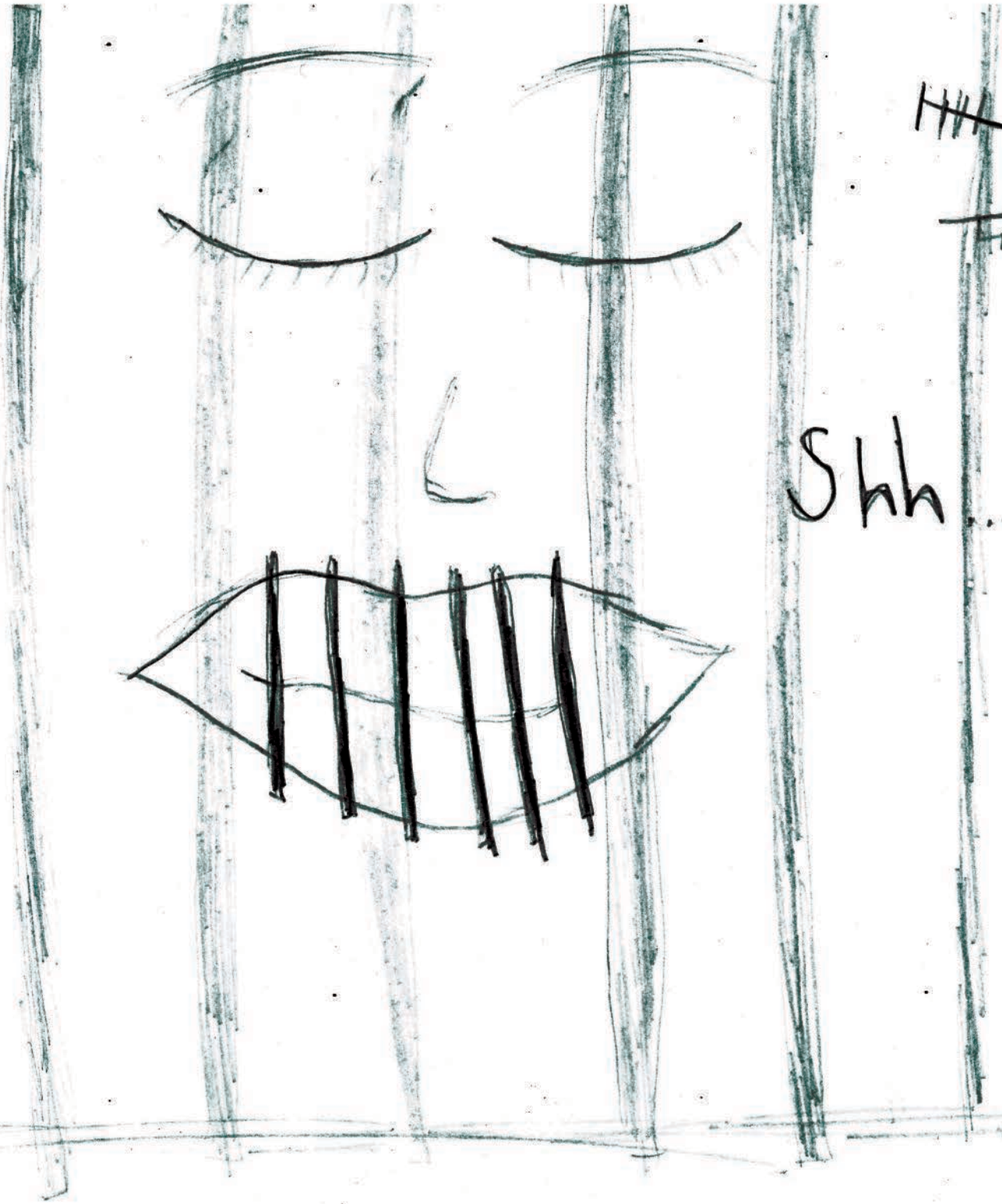


Ilustración: Unidad N.° 16. Paysandú, Uruguay. Autora: Florencia Tucuna.

VÍCTOR HUGO ARIAS LOZANO*

Silencio criminal

Tuve que callar y aceptar una pena que empezó a contar el mismo día que nací ... 33 años después, tuve que aceptar decisiones ajenas, aceptar otra familia, aceptar otro menú, aceptar otro horario, aceptar otro empleo, aceptar otra cama, obligado a refrenar mi lengua e impulso que me empujan a gritar hipocresía, denunciar falsedad, engaño, complot.

«Sin argumentos señor juez» ... ¡manifesté!, para no involucrar terceros, para no afectar mentes sanas, para no transgredir familias, para no sumergir a fondo a quien no le correspondía, «cuando la ignorancia habla ... la sabiduría calla».

Silencio que ahoga las posibilidades, silencio que ahoga la necesidad de afecto, palabras que se han digerido sin ayuda alguna, silencio que se posterga y seca el alma, silencio que retumba en los pensamientos, toma fuerza y te recuerda el lugar que habitas, silencio de esa voz que aviva mi existir, V.A.V., silencio que calla a la justicia, silencio que envuelve la habitación, silencio por el cual he pagado el precio entre rejas, el silencio de un preso ... es silencio que vale oro para el estado, silencio que cargo y soporto con valentía ... puesto que soy enemigo de la cobardía.

Tan solo ecos y susurros llegan amigos y familia de esta experiencia propia vivida, pero el silencio criminal ensordece día a día, incomoda tu dormir, causa malestar físico y emocional, «un silencio que no sabe callar».

* Cárcel y Penitenciaría de Media Seguridad de Tuluá; Valle del Cauca. Colombia.



Ilustración: Unidad N.° 16. Paysandú, Uruguay. Autor: educador PNEC Sebastián Monzón.

PEDRO ANDRÉS RODRÍGUEZ MELO*

Elogio del silencio (por: Lukas)

Durante mucho tiempo creí que el silencio era simplemente la ausencia de ruido. Lo pensaba antes de llegar aquí, cuando los días corrían tan deprisa que apenas dejaban espacio para escuchar algo distinto al afán. Pero fue precisamente en este lugar, donde las puertas se cierran con estruendo y las voces parecen no acabarse nunca, donde descubrí que el silencio es otra cosa.

Aquí el día comienza antes que el sol.

Todavía la madrugada está pegada a los muros cuando desde alguna reja se escucha el primer grito:

—¡Gracias, papá Dios, estamos vivos!

La voz rebota por los pasillos y atraviesa los patios como una campana invisible. Después llegan los saludos, las conversaciones y los llamados de siempre. Está también el muchacho que cada mañana le grita a la mujer que lo espera afuera:

—¡Ya por poco, mi amor, ya por poco!

Y uno termina acostumbrándose a esa voz, como se acostumbra a la luz que entra por una ventana o al sonido de una puerta que se abre. Cuando cae la tarde aparece otro ritual. Alguna voz lanza la frase de siempre:

—¡Otro día más, otro día menos!

Algunos ríen. Otros callan. Otros simplemente siguen contando.

Y sin embargo, detrás de todo ese ruido, existe un silencio.

No llega cuando las voces terminan. Llega cuando cada hombre vuelve a quedarse a solas consigo mismo. Es entonces cuando aparecen los

recuerdos, los errores, los sueños aplazados y las preguntas que nadie más puede responder.

Al principio pensé que aquello era una forma de castigo.

Hoy creo que era una forma de enseñanza.

Porque el silencio no vino a juzgarme. Vino a mostrarme. Me obligó a mirar aquello que durante años había logrado esconder detrás de las ocupaciones, las preocupaciones y las excusas. Y en medio de ese encuentro incómodo descubrí algo inesperado: que incluso después de las pérdidas y los tropiezos sigue existiendo una parte de nosotros capaz de comenzar de nuevo.

Aquí aprendí que la esperanza no hace escándalo.

Aprendí que las transformaciones más profundas ocurren en voz baja.

Y aprendí que la libertad es algo más grande que una puerta abierta.

Por eso miro este tiempo sin rencor, pero también sin nostalgia. Como se mira un puente después de haberlo cruzado.

Porque llegará el día en que estos corredores, estos gritos de madrugada y estas cuentas regresivas quedarán donde pertenecen: en el pasado.

Pero lo que el silencio me enseñó seguirá caminando conmigo.

La certeza de que existe un lugar dentro de cada ser humano al que no llegan los barrotes, ni el miedo, ni las culpas, ni el paso del tiempo.

Y quizá la verdadera libertad no comience cuando una puerta se abre.

Quizá comience cuando uno descubre que ese lugar siempre estuvo dentro de sí mismo.

* Cárcel Judicial de Pasto; Nariño. Colombia.



Ilustración: Unidad N.° 17. Lavalleja, Uruguay. Autor: Horacio hermano de José Carlo González.

VÍCTOR ANDRÉS TELLO FRANCO*

El silencio: la paradoja del eco de libertad

Quiero comenzar rompiendo el mito de que el silencio es ***la nada***. En prisión, el silencio total no existe acústicamente (siempre hay rejas, gritos, pasos), pero existe un silencio existencial. El silencio deja de ser la simple ausencia de sonido para convertirse en el espejo más implacable del ser. Es el lugar donde el ruido del mundo exterior se apaga y el eco del propio ***yo*** se vuelve ensordecedor. La singularidad: cómo en el lugar más ruidoso del mundo, el individuo puede experimentar la soledad y el silencio más profundos de su vida.

Existe un silencio que no es la ausencia de sonido, sino la acumulación de todo lo que no se puede decir. Para quien habita el espacio de la privación de la libertad, el tiempo deja de ser una línea recta y se convierte en un círculo denso. Han pasado ya los inviernos y los veranos suficientes para que el cuerpo olvide el tacto del horizonte, para que el afuera se vuelva un mito y el adentro sea la única realidad tangible. En este confinamiento, el silencio es la paradoja más grande, es el castigo y, al mismo tiempo, el único refugio que queda.

Nadie puede ponerle esposas al pensamiento. El silencio se convierte en el único territorio soberano, el lugar donde se puede recordar el olor de la calle, el mar, o los abrazos, manteniendo viva la humanidad que el sistema a veces intenta erosionar.

Hablar de empatía en el aislamiento es evocar un puente roto. Desde el interior, la empatía es un ejercicio doloroso, es imaginar el sufri-

miento de los que amas, sabiendo que tu propia existencia es la causa de su pena. Es un peso invisible. Quien está adentro sufre por su encierro, pero también sufre por el encierro emocional en el que ha dejado a los suyos. Los años de desgaste para los seres queridos que aguardan afuera. Al principio, el hilo que nos une está tenso, lleno de palabras y promesas. Pero el tiempo es un río implacable. El silencio de afuera empieza a filtrarse en los días: el teléfono que suena menos, las visitas que deben espaciarse porque la vida allá afuera no se detiene y la economía o el cansancio aprietan.

Los que quedan son los guardianes de la memoria. Aquellos que se desgastan en visitas, que sostienen el hilo telefónico como si fuera un tanque de oxígeno. En sus ojos se nota el cansancio de cargar con una ausencia que pesa más que una presencia. Ellos habitan un silencio compartido, un pacto mudo de resistencia. Para los que esperan al otro lado de la reja, la empatía es un acto de fe. Ellos caminan por la calle libres, pero con el corazón encadenado a una celda. Viven un luto suspendido, una pérdida sin funeral, donde el ser querido está vivo pero inaccesible. Ese silencio de los que se quedan no siempre es falta de amor; a veces es el puro agotamiento de habitar una sala de espera que parece no tener fin. Es el dolor de saber que ellos también están, de cierta forma, presos de mi ausencia.

Los que ya no estarán, dejan más que solo una marca. La certeza de que el tiempo no se detiene y que la muerte también visita el exterior. Saber que hay manos que ya no se volverán a estrechar y disculpas que se quedaron flotando en el aire. El silencio se vuelve definitivo cuando un ser querido parte, dejando un vacío dentro del vacío.

La verdadera condena no son los muros, sino la fragmentación del ser, la doble ausencia. Se vive en una constante incongruencia existencial, estar físicamente presente en un espacio que te anula, mientras se está ausente de los lugares y las vidas a las que perteneces.

Este fenómeno de ***estar sin estar*** genera una grieta. El olvido no es un acto de malicia de quienes están afuera, sino una erosión natural provocada por la distancia. El preso lucha por no olvidar el tono de una voz, el olor de una casa; mientras tanto, el mundo exterior sigue girando, obligando a los seres queridos a reescribir su cotidianidad alrededor de un hueco.

Al final, el silencio es un maestro cruel. Enseña que la libertad no era caminar, sino pertenecer.
Este escrito no es un lamento, es la constatación de que, a pesar del olvido inminente, de la distancia y de las ausencias definitivas, el acto de recordar y de sentir el dolor del otro es lo único que nos mantiene vivos. Mientras haya alguien afuera que recuerde, y alguien adentro que espere, el silencio no habrá ganado la batalla.

* Cárcel y Penitenciaría de Media Seguridad la Esperanza; Guaduas Cundinamarca. Colombia.



Ilustración: Unidad N.° 20. Salto, Uruguay. Autor: Gustavo Damián Barboza López.

OSCAR GARCÍA*

Perspectiva bíblica del silencio

El siguiente acróstico bíblico está basado en el libro de Proverbios y tiene como propósito evidenciar la profunda importancia del silencio en la búsqueda de la sabiduría.

* S - Sabio en Proverbios 17:28
El silencio bíblico es tan poderoso que le regala un disfraz temporal de sabiduría a un necio.
Por lo tanto, concluimos que el exceso de palabras le podría restar valor al hombre que es verdaderamente sabio.

* I - Instrucción en Proverbios 1:8
La verdadera instrucción requiere de un silencio receptivo. Al callar la voz propia, se puede oír, procesar y asimilar la sabia dirección de aquellos que nos cuidan con su amor.

* L - Labios en Proverbios 10:19
Gobernar los labios es una acción voluntaria de alta prudencia. Poner un freno físico a las palabras, actúa como un escudo que guarda el alma del creyente de caer en muchos errores.

* E - Escucha en Proverbios 19:20
Para comprender el consejo y aceptar la corrección, se necesita una actitud humilde. Es indispensable el anhelo voluntario para detener el orgullo y activar una atención transformadora.

* N - Necio en Proverbios 10:14
Los necios ven el silencio como una debilidad y hablan sin freno. El libro de Proverbios demuestra que esta falta de control verbal muchas veces se convierte en grandes dificultades.

* C - Consejo en Proverbios 12:15
El sabio demuestra su cordura al callar sus propios argumentos, justificaciones o excusas.
El silencio le permite valorar más que su propia opinión, el consejo de otros.

* I - Inteligencia en Proverbios 4:7
Adquirir inteligencia exige como ***pago obligatoria*** el silencio. Todo estudiante ofrecerá con buen ánimo el respeto voluntario en su deseo de conseguir la gran riqueza exaltada en proverbios: La sabiduría.

* O - Oír en Proverbios 18:13
Entender con profundidad exige una responsabilidad cronológica que el silencio garantiza.
Romper la quietud para responder antes de escuchar y procesar toda la información aleja al hombre de la verdadera sabiduría.

* Cárcel y penitenciaria de media seguridad La Modelo; Bogotá. Colombia.



Ilustración: Unidad N.° 4. Montevideo, Uruguay. Autor: Ignacio Suárez.

PATRICIO ESPINOZA SAAVEDRA*

El espectro

Acá, entre el fierro y el cemento, el silencio no es etéreo, cómplice, tierno o amoroso, majestuoso ni enigmático. Acá el silencio pesa, oprime ... enloquece.

Y, tal vez, fue solo locura la visión que tuve cierta noche, una de esas en las cuales la ira del fracaso y la desesperada tristeza se apodera de nosotros. Estaba casi dormido en mi celda y el trueno junto al rayo se apoderaban del cielo exterior. Progresivamente la tempestad se alejaba dejando tras de sí un silencio antinatural. Perplejo me asomé al pasillo y, al instante, divisé una figura inmóvil.

Era el espectro una alta figura hecha de sombras más negras que la oscuridad del silencioso corredor. A medida que los ecos de la tormenta se alejaban, el espectro, sin movimiento aparente, se acercaba lentamente a mi celda. Pude ver, a la luz de un relámpago, que vestía una túnica tejida con innumerables sueños rotos y que calzaba unas silenciosas sandalias hechas de tristezas ahogadas y gritos silentes.

No sé cuánto tiempo pasó, pudieron ser segundos, minutos o tal vez horas, sólo sé que de repente estaba frente a mí, mirándome con una cara sin rostro directamente al alma. De pronto, con un imprevisto ademán de su mano huesuda, todo sonido se apagó, quedando solamente un resoplido profundo, que poco a poco se convirtió en una profusión de susurros inteligibles que, demás está decir, no provenían de otras celdas.

Y así, parado frente a mí, el silencio se apoderó del tiempo, enseñoreándose de la noche y de la prisión como un rey sobre un reino en ruinas, apagando todo sonido, exceptuando esos susurros malditos, susurros que eran realmente ecos del pasado hecho condena. Entonces pude escuchar claramente.

Oía a mi madre cuando me ayudaba a ponerme de pie al caer, escuchaba el clamor de una mujer a la cual hice sufrir; llegaba a mí la voz de mis hijos que me llamaban en sus noches sin padre. Escuché también la voz de la jueza al condenarme y las súplicas de esos dos infelices a los que robé. Eran cientos, miles de voces. Unas clamaban, otras lloraban o maldecían, todas al mismo tiempo, superpuestas las unas a las otras, pero todas se escuchaban claramente en medio del silencio.

En ese momento fue cuando comencé a temer, pues acá, en esta húmeda celda, al fin logré comprender que el silencio tiene vida propia, que existe en nuestros momentos de soledad, tan solo para recordarnos todos nuestros afanes, promesas rotas, temores y miedos.

Desde ese día, no hay noche en la cual no despierte a media madrugada, sobresaltado por la ausencia de ruidos, esperando a encontrar ese rostro sin ojos frente a mí, susurrando ensordecedoramente todas las palabras que oculta mi alma, que viene a recordarme quién fui, quién soy y quién seré y que aparece tan solo para castigar con el peor suplicio para un delincuente: el peso de su propia conciencia.

* Centro de Cumplimiento Penitenciario de Talca; Región del Maule. Chile.



Ilustración: Unidad N.° 4. Montevideo, Uruguay. Autor: Wilson Danilo Rodríguez.

HECTOR JULIO MARTÍNEZ AFRICANO*

Ruido eterno

A las 4:30 de la mañana comienza el movimiento en las duchas. Los que duermen en ***carretera*** (cambuches en el pasillo) deben levantarse y apilarse unos sobre otros. Cobijas, ropa y objetos personales son recogidos en ***bojotes*** (lonas) amontonados entre sí; las colchonetas se apilan y el resultado es un carnaval de olores que se mezclan con la presencia de chinches. Los últimos en levantarse, generalmente, son los ***carelocos*** (consumidores), quienes pueden pasar días e incluso semanas sin bañarse o, siquiera, cambiarse de ropa.

A las 6 de la mañana inicia ***la contada o número*** y aún se observan cobijas en el suelo donde duermen los ***carelocos***. El ruido a esta hora ya es insoportable. Hay una enorme contaminación auditiva: radios con música distinta al mismo tiempo que compiten con las iglesias y risas fuertes por ver quién hace más ruido, gritos del ordenanza: «ese fulano, esos de dieta, ese piso que apesta a Wimpy ...»; y risas fuertes que compiten con las iglesias por el que haga más ruido.

Uno podría perderse entre el escándalo temprano que corta de golpe cualquier descanso. El alboroto constante es el que te mantiene de mal genio y en un estado constante de máxima alerta, donde nadie puede estar tranquilo ni tener un espacio de íntima reflexión.

Al ingresar a los baños comunes, se ven los orinales cubiertos de sarro y aromas fuertes. Las tazas están rotas y tapadas. Las piletas de los

lavamanos y lavaplatos están llenas de restos de comida y desechos plásticos, como cepillos o vasos. En muchas ocasiones, tras realizarse el aseo, el lugar tarda solo un rato en regresar a un estado deplorable.

Esta falta de cuidado por el espacio empeora por la forma en que rebota el sonido. En una cárcel donde el cemento y las rejas parecen campanas que rebotan ondas ruidosas y disonantes, cualquier grito o golpe hace eco y se agranda. El entorno no solo aguanta el mal olor y la suciedad, sino que vive encerrado en un ruido eterno que no para en todo el día, lo que termina agotando la paciencia de cualquiera.

La fila para recibir el desayuno es desorganizada. Frecuentemente, los ***carelocos***, se saltan el turno y discuten con los del ***rancho*** (quienes reparten los alimentos), aumentando el griterío, sin mencionar la mezcla de olores a pecueca, axila ***chucha*** y cobijas llenas de sudor.

Por lo general, ocurren riñas tanto en la mañana como en la tarde, muchas veces por motivos simples y hasta bobos y pienso que en el fondo el ruido del día es el verdadero culpable de que la gente viva estresada y explote: en este lugar donde todo el tiempo hay bulla, la gente vive con los nervios de punta. Los gritos en la fila y el golpe de los platos impiden entender una simple conversación, el ***control*** gritando «¡peguémolo, peguémolo!» para que la gente avance como si fueran ganado y gritando: «¡Movamos la mano al rancho!» para que el rancho agilice. Esto hace que me haga una pregunta: ¿será que al gritar a quien sirve los alimentos, a este le sale otra mano? Pero en fin.

Muchas veces las canecas de basura rebasan de residuos, sobre todo en las mañanas, así que estos mismos aún sin clasificar resultan cayendo al suelo, generando un espacio que no es agradable para la vista. Es constante el eco de personas sonándose directamente dentro de los recipientes o escupiendo en ellos; también se ven papeles higiéni-

cos que caen al suelo cuando los ***llaveros*** (conserje del pabellón) pasan la basura de las canecas de los pisos a las canecas del patio.

Ahora estoy en la celda, después de pasar por el mismo proceso repetitivo de cada día, reflexionando en lo mucho que cambia el ambiente durante la noche, pues ya no hay bulla, ni ruido, ni radios, ni iglesias, ni ordenanza; sino un silencio parecido al de un mausoleo. Tal vez si no fuera por el sonido casual del guardia que abre la reja para dar una que otra ronda, todo podría pasar por un templo consagrado al silencio. Un silencio.

* Cárcel y Penitenciaria de Media Seguridad La Modelo; Bogotá. Colombia.



Ilustración: Unidad N.° 17. Lavalleja, Uruguay. Autor: Colectivo Integramentes.

H. O. ESPARZA*

La alquimia del silencio “reflexión meditativa”

En la noche oscura en medio del vacío que pareciera envolverlo todo y la soledad del silencio; descubrí que en realidad tal soledad no existe. El silencio me permitió encontrar la puerta hacia mi yo interior, ese testigo constante que, en gritos mudos, me impulsa a ser más.

Ese yo interior me invita a mirarme con honestidad: señala mis falencias, me recrimina por la falta de acción y llena mi mente de mensajes que reclaman atención. Pero en medio de respiraciones meditativas surgetambién la posibilidad de soñar: soñar con un ser nuevo en constante transformación, más disciplinado, más expresivo, capaz de hablar varios idiomas, escritor de libros, más feliz.
Entonces comprendí lo que siempre me enseñó el dojo:

«En el silencio del esfuerzo consciente, no es el cuerpo quien conduce el cambio, sino la mente que elige avanzar».

En nuestra mente el silencio se convierte en resiliencia. Nos recuerda que caer está permitido, porque es parte de nuestra naturaleza de aprendizaje. Pero permanecer en un silencio depresivo es el mayor error. La mente, en calma, insiste en reprogramarse, en encontrar el coraje necesario para limpiar heridas, lágrimas, nuestra alma, y avanzar.

En esa pausa silenciosa, la mente deja de dispersarse y se abre a percibir las vibraciones de nuestros sentimientos. Alegría, tristeza, miedo

o amor son energía pura; el silencio nos permite reconocerlas y aceptarlas sin juicio. Al inhalar y exhalar con calma, esa energía se ordena y se convierte en impulso vital. Así, el silencio meditativo crea el espacio para elegir qué pensamientos sostener y cuáles soltar, transformando el dolor en fuerza y la frustración en impulso de lucha.

«El silencio es como un río sereno que recoge las aguas turbias de los sentimientos y, al fluir, las purifica en energía clara que alimenta la voluntad».

Identificar este ecosistema interior del silencio nos ayuda a valorar la soledad y el silencio como aliados transformadores. Nos motiva a buscar lugares tranquilos, a convertir el insomnio en oportunidad de cerrar los ojos, respirar conscientemente, observar emociones sin juzgarlas y visualizar la energía como luces o sombras que fluyen hacia nuestro centro vital.

Transformar conscientemente la tristeza en compasión, la frustración en impulso y agradecer la posibilidad de expandir esa energía hacia nuestro entorno es quizá el reto más grande que nos queda por superar. Pero es también la promesa más luminosa del silencio: ser puente hacia una vida más plena.

Atrévete a entrar en tu propio silencio y descubrir su alquimia transformadora.

* Cárcel y Penitenciaría de Media y Alta Seguridad de Palogordo; municipio de Girón, Santander. Colombia.



Ilustración: Unidad N.° 17. Lavalleja, Uruguay. Autor: Colectivo Integramentes.

ERICK VON HEARTKEART*

Un grito en la madrugada

Madrugada del domingo ... Meditabundo me asomo por la pequeña ventana de la celda y un frío cálido toma mis mejillas haciéndolas sonrojar por el obsequio de un amanecer de grandeza.

Grito con las alas extendidas «Dios donde están ...» Vienen a mí ecos, sollozos que abren mi boca para decir: «Me has dado amor, perdón, misericordia y mil oportunidades. Dejaste que mi mama fuera mía, que mis hermanos soportaran mis agravios, que mis sobrinos se quedaran con lo mejor de mí. Tuve el ayer, el hoy, lo que traje, lo que dejo, lo que gano y el porqué de estar acá y ser lo que soy; el más afortunado de las criaturas».

El bosque circundante me mira con olores de libertad, el viento canta para que los arboles dancen y abran espacio para ver lo que hay más allá. Se eriza mi piel y se cubre de plumas afligidas por la muerte de ayer.

Salí a volar por el mundo y no lo reconocí; tenía el cabello engominado en canas, extremidades biónicas, el mundo me había dejado huérfano, tirado a mi suerte, pero con el tiempo a mi favor para llegar a mi hogar.

Sentí algo de temor al pasar por el barrio, era como un pueblo fantasma. Los silencios me aturdieron. Mario no sonreía al ver pasar aquellas muchachas hermosas. Sandra todavía cuidaba a sus dos hijos... su

esposo la había abandonado. Luis el amigo de edad madura que me enseñó los principios básicos de la vida, yacía en la tumba y como él, muchos otros no alcanzaron a darme la bienvenida. La casa donde nací ya no estaba, sobre ella levantaron una estación del metro.
Suspendido en el asombro agilicé el recorrido de mi desgracia. No encontré los mismos lugares. Las flores habían muerto, los parques me insultaban con sabor a óxido, el lechero se vinagró, el arepero murió entre arepas, Carolina no quiso verme, se acostumbró a dormir con otro, yo era parte de su olvido.

En casa todos me tocaban y me pellizcaban. Me reconocían con las manos de la abuela, la cama, mis cosas, me ataban con cadenas de añoranza. Mi madre dejo orinar sus ojitos para refrescar su alma, se quitó su armadura para abrazarme, recordando que soy su hijo; era una leve sombra de su pasado. Me preguntó por cuánto tiempo estaría encerrado. Mis lágrimas sonrieron por ella.

Asomado en la pequeña ventana, vi el día nacer otra vez. Me quité las alas y me acosté a dormir.

* Cárcel y Penitenciaría de Media Seguridad Calarcá; departamento del Quindío. Colombia.



Ilustración: Unidad N.° 17. Lavalleja, Uruguay. Autor: Victor Mora.

ALEXANDER LÓPEZ TABIMA*

”El silencio“

El silencio en un entorno como la cárcel se puede interpretar de muchas maneras como, por ejemplo, miedos la abstinencia de hablar. Esto es por consecuencia de la intimidación esta acción se convierte en un mecanismo de defensa para obtener lo querido.

Conocí un caso de un hombre de buenas costumbres que por cuestiones de esta vida cayo a la cárcel desdichadamente fue trasladado en varias cárceles del país, pero en una de ellas fue trasladado con 7 malevos más lo cual fue un infiero para él. Solo fue cuestión de tiempo para que estos delincuentes comenzaran a utilizar el arma letal de la intimidación para quitarle sus pertenencias su comida su espacio le robo su paz su tranquilidad quitada sus minutos, plata etc....

El pobre hombre utilizo el silencio como una forma de preservar su vida y salir ileso de esta situación.

Un día sábado en horas del desayuno uno de ellos tomo su desayuno y le dijo que si quería su desayuno peleara por el a lo cual el hombre respondió no, si quiere cómaselo usted si tiene hambre y al instante encendió su ira y se lo tiro a la cara quemando su cara y pecho.

El hombre solo agacho su cabeza y al instante elevando su mirada impotente al saber que eran 7 contra 1 y les dijo tranquilos no pasa nada

y así pasaron 21 días en esa oscura y pequeña celda de yugo. Aquel hombre aguanto nunca hablo por miedo a un reporte o un castigo severo por llevar una conducta impecable. Finalmente los trasladaron a otro patio y se encontró con el que mas yugo le daba y termino pidiéndole perdón por que se sentía solo y sin su pandilla aún el hombre le ayudo y supo sus necesidades.

Esta es una historia que pasa en este entorno esto solo fue agorzomado de una de las historias de seguro hay muchas mas y asombrosas ...

* Cárcel y Penitenciaria de Media Seguridad de El Espinal; Tolima. Colombia.



Ilustración: Unidad N.° 17. Lavalleja, Uruguay. Autor: Colectivo Integramentes.

NILZA ROSANNA GONZÁLEZ LÓPEZ*

Conociéndome a mí misma

En este relato deseo contar cómo, conociéndome a mí misma, pude superar las dificultades que se presentan al estar privada de mi libertad. Cuando llegué a la cárcel, llena de miedos, no podía confiar en nadie más que en mí misma. Casi no hablaba con nadie, y en esos momentos de silencio y soledad fue cuando, en verdad, comencé a conocerme por dentro. En este proceso aprendí que llega un día en que, al estar al límite, se obtiene un valor incalculable que me dio serenidad cuando las cosas, o la vida, no son como esperaba.

Aprendí a silenciar el ruido de las opiniones y críticas de los demás para así escuchar mi propia voz. Así descubrí lo que valgo y que lo que guardo dentro de mí tiene mucho valor. Esto me hizo entender que no necesito la aprobación de los demás. Conociéndome a mí misma fue como hacer un viaje en el que hice escalas en mi pasado para descansar en mi posada. Fueron los recuerdos bonitos los que me reconfortaron y recargaron para superar los caminos hechos de piedras y huecos. No llevé equipaje; al contrario, dejé muchas cargas o maletas heredadas; las dejé porque no son mías. Mis vestidos cambiaron antes de este viaje: mi ropa estaba hecha de miedos y complejos; ahora mis vestidos nuevos están hechos de sueños. Me los coloqué encima para así llevarlos conmigo y jamás olvidarlos.

Como lo hice alguna vez, y ya para finalizar, les cuento que al momento de escribir esto estoy a la espera de un beneficio para recuperar mi

libertad. Puedo sugerirles que no les dé miedo quedarse solos consigo mismos; vale la pena hacer un viaje para ir a buscarte cuando sientas que te estás perdiendo. Dénse las mismas oportunidades que les damos a otros.

* Establecimiento Penitenciario de Mediana Seguridad y Carcelario de Ocaña; Santander. Colombia.

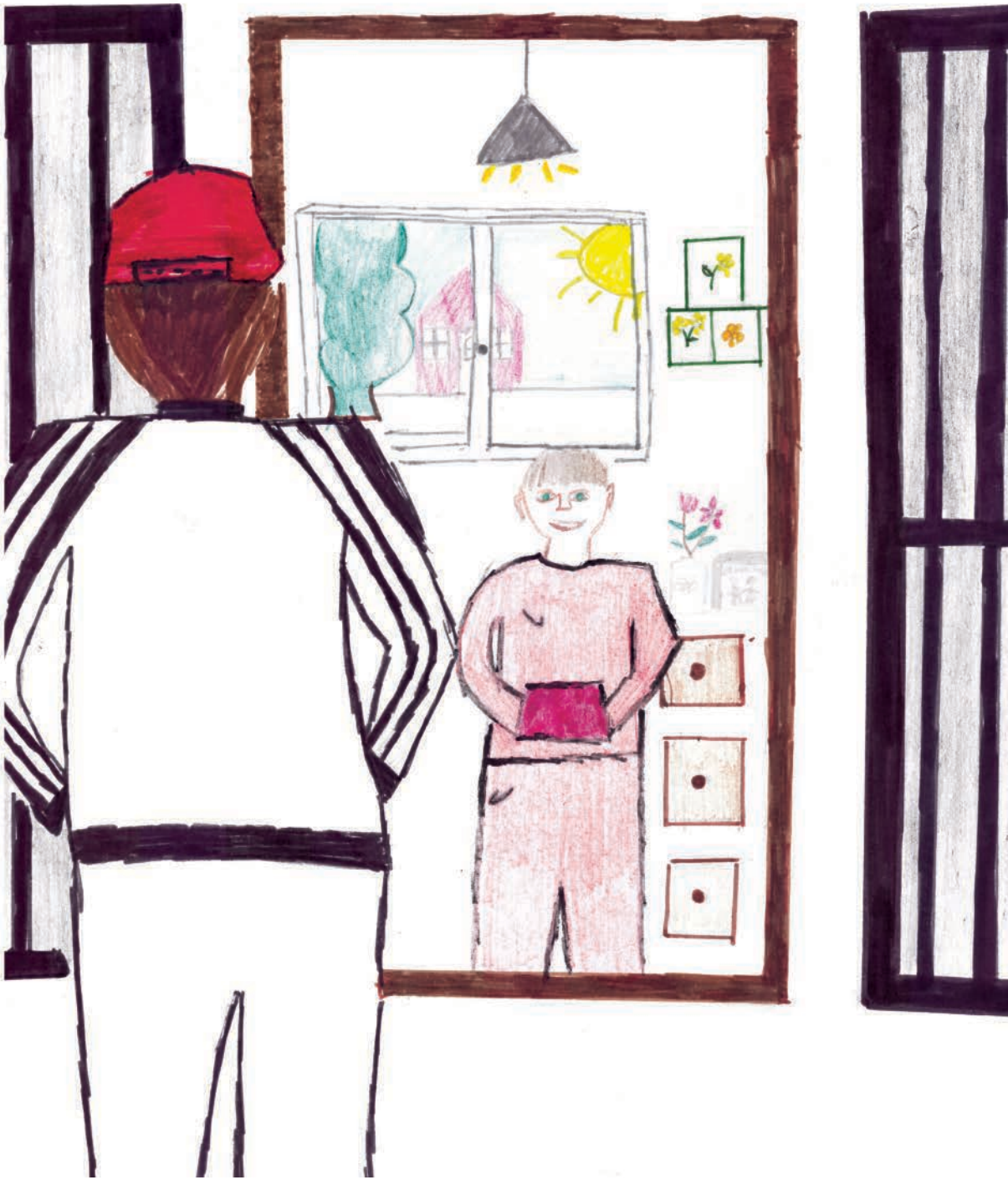


Ilustración: Unidad N.° 17. Lavalleja, Uruguay. Autores: Federico Correa y Shamira Menchaca.

DAVID MORALES GUTIERREZ*

El silencio de la verdad

Diamante, diamante ...

Escucho en mi cabeza una voz que me dice que tengo que levantarme y prepararme para el día que me espera.

De día tengo que ser de piedra. En este patio no puedes ir con la cabeza agachada ni demostrar debilidad, vamos, que seas blando; aquí la debilidad se paga con creces.

En estos ocho años y medio me he tenido que sacar un personaje que no soy del todo yo: un chico duro que no siente nada, que no se deja pisar por nadie, que a veces no quiere problemas, pero que tiene claros sus objetivos y que consigue lo que quiere.

Cuando a veces me miro en el espejo, no sé quién es el que está enfrente mío, no me reconozco. No soy yo, es solo la puta máscara que me pongo para que nadie se atreva a hacerme daño ni lo intente.

Pero a las ocho y media de la tarde la celda se viene encima porque nos toca encerrarnos. La puerta suena, las luces se vuelven oscuras y es ahí cuando me toca tragarme el silencio de la verdad.

Cuando estoy solo, que es cuando más fuerte me tendría que sentir, me siento débil. Esas fuerzas mínimas del día se me van y me entran

unas ganas de cortarme, de mandarlo todo a la mierda y dejar de existir, pero solo puedo llorar donde nadie me ve.

La verdad es que llevo casi una puta década aquí dentro y nunca voy a poder adaptarme a esto que siento. Me encantaría poder contarle a alguien cómo se vive de verdad en estas cuatro paredes día a día, lo duro que es y lo fuerte que te hace esto.

Ahora estoy a punto de salir de aquí en libertad y me apodera el miedo, sí, un miedo jodidísimo, porque no sé qué persona va a salir de aquí, de estas cuatro paredes. No sé si va a salir el tipo duro del espejo que se come el patio o el niño que se refleja en el espejo que quiere ser feliz.

La verdad, no sé ni cómo expresar lo que siento conmigo mismo.
En realidad sé que lo único que me salvará es el cariño de mi madre y el apoyo de los míos. Los necesito para poder ser una persona mejorada, para poder salir adelante con todo esto y no volver a pisar este puto sitio jamás.

Al final pienso que tener miedo no es algo malo ... El miedo es bueno porque te acompaña siempre y te mantiene alerta de todo lo que te rodea. Es el único que sabe realmente quién soy de verdad.

Sé que pronto cruzaré la puerta de salida y el patio de mierda quedará atrás. Me llevaré el miedo, sí, pero dejaré en estas cuatro paredes el peor de mis castigos: el silencio de haber tenido que ocultar mis lágrimas y mis sentimientos para poder sobrevivir ...

* Centro Penitenciario de Lledoners; Barcelona. España.



Ilustración: Unidad N.° 17. Lavalleja, Uruguay. Autor: Colectivo Integramentes.

HUGO NELSON RESTREPO BETANCUR*

Realidad

Y aquí estoy, sin libertad. Encerrado en la celda de una cárcel, disfrutando gratis, sin esfuerzo y todos los días, en cantidad y calidad, de lo que me hizo un delincuente por hurto y me condenaron injustamente: un alimento para calmar el hambre.

Pero la libertad es más valiosa que todo, reflexionó en voz alta. Nadie lo escuchaba. Estaba solo, como llegó. Nadie lo extrañaba y se eternizó en aquel momento.

* Cárcel y Penitenciaría de Mediana Seguridad de Bello; Antioquia. Colombia.



Ilustración: Taller López de la Torre. Facultad de Artes. Montevideo, Uruguay. Autora: Laura Villar.

JUAN ROBERTO VÁSQUEZ VARGAS*

El silencio

La noche llega y el silencio fluye entre las paredes.
los barrotes y un frío penetrante,
un mutismo inconfundible se arrulla a sí mismo,
se abraza entre el viento y se dispersa
en un estrepitoso llanto melancólico,
al interior del pensamiento
hasta encontrar un hilo que se ahonda,
a medida que el ser se profundiza.

Con rugir despido el silencio
dando paso lentamente al susurro
que va sustrayendo la paz
para convertirlo en euforia.

La pluralidad, sonidos golpean implacablemente
al juicio del individuo que transforma su entorno
en un maltratador incesante que lleva la agonía.

En el ocaso lento del día
el murmullo disminuye su ímpetu
logrando que el silencio nuevamente
alcance su dimensión y de por fenecido el día eufórico.

* Cárcel y Penitenciaria de Media Seguridad “la Modelo”; Bogotá. Colombia.



Ilustración: Taller López de la Torre. Facultad de Artes. Montevideo, Uruguay. Autora: Milena Leyton.

STEPHANIE RODRÍGUEZ*

Pasillos que aturden

¿Cómo escribir del silencio en el ruido? En mi vida actual es muy difícil tratar con el silencio. Por las noches, cuando el sol se derrite tras los muros grises, me pregunto: ¿dónde está el silencio? Aquí, entre rejas y pasillos, entre ollas que se entrechocan, gritos de dolor y abrazos urgentes, el silencio es esto:

Cami, te grité, te grité y ni bola. Manipuladora de sentimientos ajenos. Y ella contenta, con el teléfono que no paraba de sonar, y el Maxi, jaja, te voy a matar hijo de puta. Te grité, te grité y nunca trajiste las llaves, que rata -dijo el Mario. Todo se refleja en la vida que estamos llevando, yo y mis compañeros. No todos pensamos lo mismo pero somos un grupo hermoso lleno de compañerismo y co lor. Con Seba y Darío, que siempre tienen la mejor onda. Un grito. Otro. Saludos exagerados. ¡Dolor! Alivio. Suspiro. Escritura como escape. Hoja en blanco como silencio intenso. Despedidas. Mas despedidas. Y esto continuará

El silencio está detrás de una puerta, tras un candado o una llave. Pero nunca está libre. Siempre el silencio, disfrazado de estruendo, de golpe brusco, de irrupción inesperada. Conozco el silencio por las noches: sus sonidos acompañan mi sueño ... Y en ellos, el silencio (la paz imposible), sos vos.

* Unidad N.° 16; Paysandú. Uruguay.



Ilustración: Taller López de la Torre. Facultad de Artes. Montevideo, Uruguay. Autora: Agustina Murillo.

CARLOS LEDESMA*

Paisaje circular

El silencio es cuando me levanto temprano y el pabellón todavía está dormido. Todavía no arrancó el día. No hay voces, ni pedidos, ni movimientos de un lado para otro. Me preparo unos mates, prendo un tabaco y me siento tranquilo. En esos momentos siento que el tiempo camina más despacio.

Ahí me conecto con mi interior. Con mis reflexiones. Con las cosas que hice, las que me faltan hacer y las que quisiera cambiar. A veces no pienso en nada importante. Miro cómo sube el humo del tabaco y cómo amanece. Y eso también es una forma de pensar.

Después el día empieza. Se abren puertas, aparecen las conversaciones, los pasos, las risas, las discusiones. Cada uno sale a ocupar su lugar. El silencio se esconde entre el ruido de todos los días.

Pero yo vuelvo a encontrarlo cuando agarro un cuaderno y un lápiz.
Sobre todo cuando le escribo a mi familia.
Porque mientras escribo, desaparece todo lo demás.

Las palabras me llevan lejos. Cruzan paredes, rejas, distancias. Llegan donde yo no puedo llegar. Y entonces, aunque esté rodeado de gente, encuentro un lugar donde solamente estamos ellos y yo.

¡Miren! Ese soy yo.
Flotando en la calma de las no-palabras.
Y al mismo tiempo fluyendo en las palabras como un río embravecido.

A veces la escritura se parece a la pesca. Uno tira la línea al agua oscura de la cabeza y espera. Algunas ideas muerden enseguida. Otras pelean. Algunas se escapan. Otras vienen cargadas de recuerdos.

Y ahí voy, luchando contra la tanza que por momentos forcejea con la plomada.

Metiendo pecho contra el cielo y contra el pavimento.

Con mi lápiz, mis ideas y mis ganas. Porque también están los otros pensamientos. Los que aparecen cuando uno está solo. Los que se disfrazan de silencio para hacer más ruido que cualquier grito. Los que vienen a revolver la memoria, la tristeza o la bronca.

Contra esos también peleo. Y cuando me subo a la ola de la escritura, algo cambia. Ya no siento el peso de las horas. Ya no escucho el ruido de afuera. Ya no escucho el ruido de adentro.

Soy yo mismo.

Yo solo con el silencio.

Y entonces entiendo que el silencio no era quedarse sin palabras.
Era encontrar las palabras justas para que el alma dejara de gritar.

* Unidad N.° 16; Paysandú. Uruguay.



Ilustración: Taller López de la Torre. Facultad de Artes. Montevideo, Uruguay. Autora: Laura Villar.

JORGE PACHECO*

La selección de los desaparecidos

Sé que el día está comenzando cuando canta el benteveo. Desde luego, apronto el mate y, una vez más, no te tengo. Levantarme temprano me permite encontrar el silencio. Mientras cebo los primeros mates, pienso desde el exterior, afuera de mi encierro. Escucho coches, pájaros en su completa libertad, y dejo que el tiempo pase.

Transcurren los segundos, los minutos y las horas. Pero de a poco lo cotidiano comienza a mezclarse con mi silencio. La tranquilidad se inquieta con los ruidos de las rejas, las ollas golpeando en el fogón, los murmullos y alguna que otra puteada.

—Te voy a matar, hijo de puta.

—Tas loco, aguantá, tarao.

Son sólo palabras.

Entonces alguien grita fútbol y la verdadera diversión comienza. Correr detrás de un balón es una distracción total. Si es posible, jugamos toda la tarde. Cansarse bien. Para mí, que vivo entre encierros, es la mejor rutina: jugar, volver, pegarme un bañito, comer algo y dormir como un tronco. Y pensándolo bien, ¿qué hay más lindo que jugar al fútbol con tantos troncos?

A veces imagino que mientras corremos hay una multitud invisible alentando desde las tribunas. La selección de los desaparecidos. Los sin nombre. Los olvidados. Los que nadie ve. Y nosotros corriendo detrás de la pelota como si por un rato pudiéramos dejar el encierro sentado en el banco de suplentes.

Quizás ese sea el verdadero silencio: el de una multitud que no tiene voz, pero igual sigue alentando. Los olvidados. Los verdaderos reyes del ruido.

* Unidad N.° 16; Paysandú. Uruguay.



Ilustración: Unidad N.° 17. Lavalleja, Uruguay. Autor: Horacio, hermano de José Carlo González.

SR. FULANO*

El silencio de fulano

No podría estar 24/7 contigo
porque me volvería loco de tanto
pensar en ella y mi hijo.
Si te vas a quedar más rato
mínimo haceles saber que
hasta hoy por hoy los sigo amando.

En un ratito a solas contigo
yo no puedo parar de pensar en mi hijo
y en esos momentos divertidos con él
que por ahora solos me los imagino.

Sos mi amigo y enemigo.
Hay ratos que traes recuerdos lindos
pero de tanto pensar y pensar
yo mismo pienso que voy a explotar.

En ocasiones te adueñas de mi mente
y no te importa si estoy con gente
te apareces indiferente y un lagrimon
se me escapa de repente
también sé que te necesito
porque si no venís a la hora de dormir
yo me despisto.

En donde estoy preso
todos se guían por eso
si llegas por mucho tiempo
es obvio que no traes nada bueno.

Una mañana imaginando
mi momento tan soñado.
Se rompe el silencio con un ruido
de unos gritos desesperados
y en ellos decían ... ¡¡¡Fulano!!!
ha llegado tu día tan esperado
y así como estaba sentado
salté y me fui liberado.

* Unidad N.° 3; San José. Uruguay.



Ilustración: Taller López de la Torre. Facultad de Artes. Montevideo, Uruguay. Autora: Nattali Brun.

SR. VIRUS*

“Me habló el silencio”

El ruido nunca terminaba durante el día. Se escuchaban rejas cerrándose con fuerza, radios encendidas a todo volumen, pasos apurados en los pasillos y voces que se mezclaban unas con otras.
Pero cuando llegaba la noche, todo cambiaba. El silencio aparecía lentamente y se hacía dueño de cada rincón. Yo conocía muy bien ese silencio. Hacía dos años había perdido la libertad y desde entonces me había convertido en una persona distinta. Ya casi no hablaba con nadie, evitaba hacer amistades y pasaba horas acostado mirando las manchas del techo de la celda, sintiendo cómo el tiempo parecía detenerse entre aquellas paredes frías, las noches eran lo peor.

Porque en el silencio no había manera de escapar de mis pensamientos. Recordaba a mi madre, las reuniones familiares, caminar por la calle sin horarios y hasta cosas simples que antes no valoraba, como sentir el aire libre de mi barrio o mirar el cielo sin rejas de por medio.

Muchas veces sentí que ya no tenía fuerzas para seguir adelante. Había días en los que la tristeza y el encierro me hacían pensar que mi vida había quedado atrapada para siempre entre aquellos muros.Pero en medio de toda aquella oscuridad apareció la persona más importante de mi vida: mi hija Julieta.

Desde el comienzo de mi vida privado de libertad, ella fue la razón por la que nunca bajé los brazos. Cada carta, cada recuerdo y cada

pensamiento sobre su sonrisa me devolvían fuerzas cuando sentía que ya no podía más. Muchas noches imaginaba el día en que pudiera abrazarla nuevamente y decirle que su padre no se rindió. Sin darse cuenta, ella se convirtió en la luz que iluminó mis peores momentos.

Fue allí donde entendí algo que nunca había pensado: la libertad no era solamente poder salir a donde uno quisiera. También era vivir tranquilo por dentro.

Una madrugada escuché a un interno llorar en silencio desde otra celda. No pude verlo, pero ese sonido quedó grabado en mi cabeza. En ese momento comprendí que no era el único cargando dolor, arrepentimiento y tristeza. Esa noche el silencio dejó de parecerme vacío. Entendí que, dentro de aquellos muros, cada persona peleaba su propia batalla.
Algunos intentaban mostrarse fuertes, otros escondían su dolor detrás del enojo, pero cuando llegaba la noche, el silencio nos dejaba solos frente a lo que realmente éramos. Con el tiempo empecé a cambiar. Comencé a asistir a talleres, a leer libros y hasta volví a escribirle cartas a mi madre. Poco a poco entendí que, aunque había perdido la libertad física, todavía podía salvar algo más importante: mis ganas de volver a ser una mejor persona. Hoy entiendo que haber perdido la libertad cambió mi vida para siempre. Al principio pensé que todo estaba terminado para mí, que el silencio de aquellas noches solo venía a recordarme todo lo que había perdido. Pero con el tiempo descubrí algo distinto.

La prisión no solo me quitó cosas; también me obligó a conocerme de verdad. Entre muros, silencios y días difíciles aprendí a valorar la vida, la familia, el tiempo y las oportunidades. Entendí que una persona no se vuelve exitosa únicamente por el dinero o por lo que tiene, sino por la capacidad de levantarse, cambiar y crecer incluso en los peores momentos.

Hoy puedo decir que el encierro no destruyó mis sueños. Al contrario, me dio la fuerza para construir una mejor versión de mí mismo. Me en-

señó disciplina, paciencia y la importancia de nunca dejar de aprender. Porque perdí la libertad detrás de una reja, pero en el silencio encontré algo que nunca había tenido: la fuerza para cambiar mi vida. La prisión encerró mi cuerpo, pero el silencio despertó mi mente.

* Unidad N.° 3; San José. Uruguay.

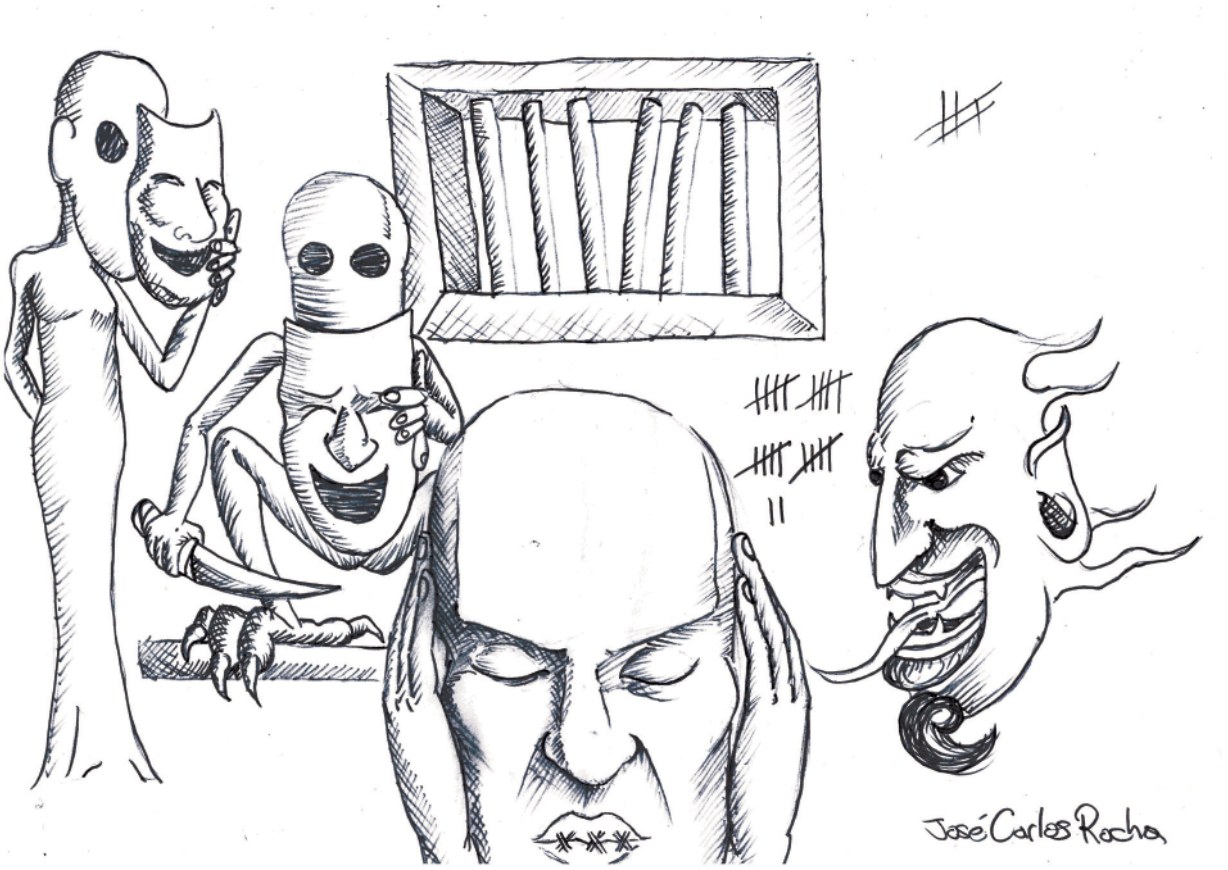


Ilustración: Unidad N.° 24. Soriano, Uruguay. Autor: José Carlos Rocha.

JOSÉ MANUEL ROMERO LEMOS*

El que mira al cielo (por Manu)

A través del silencio pude ver cosas que antes no veía. Me di cuenta de que mucha gente en la que confié solo eran disfraces. Me crié sin madre ni padre. Y hoy en este feo lugar mirando al cielo me pregunto por qué yo. Pero también entendí algo: tengo una sagrada y hermosa familia y entendí que las decisiones malas no duelen solo a uno, duelen a todos los que amas.

Hoy me encuentro preso en mi celda todo en silencio. Prendo la tele y veo las noticias como siempre; hay personas heridas o muertas. La violencia cada día aumenta más. Las cárceles no dan abasto por gente como yo, que de alguna forma hizo las cosas mal, y ahí en ese silencio es cuando una voz me habla y me dice bien fuerte: ¿por qué optaste por hacer las cosas mal y no por trabajar?

Hoy en medio del silencio sé que voy a tener otra oportunidad. Gracias a Dios estoy acá y esto puedo contar. Puse todo de mi para dejar mi pasado atrás. Para poder aceptarme, estudiar y enseñar a mis hijos que papá aprendió y que ahora todo lo da por mejorar, por ellos. Me dispuse a cambiar porque al llegar acá pude abrir mis ojos y darme cuenta de que no solo yo me hago mal. Le pido al Estado que me dé una oportunidad porque estoy pagando por haber hecho las cosas mal y nadie es quién para juzgar. Yo acá he sufrido, he pasado mal, también he llorado en silencio por esta dura realidad y si

les puedo dar un mensaje les diría que las cárceles están mal, sabes cuando venís, pero no cuando te vas.

El silencio no me vino a castigar; el silencio me vino a enseñar.

* Unidad N.° 17; Lavalleja. Uruguay.



Ilustración: Centro de Detención Preventiva (CDP) de Taltal. Región de Antofagasta, Chile. Autor: Isaac Arancibia.

MATILDE DELGADO*

Mi historia real

Estando en mi celda, durante el día, conversando con los compañeros a través de la pared, todo es tan diferente al caer la noche.

En ese momento todo queda en un silencio total, cierro los ojos y pienso todo lo hermoso que hicimos y compartimos en familia.

La alegría que pasábamos, todo lo que compartimos y me imagino estando con ellos disfrutando de un viaje que siempre quisimos hacer.

Una hermosa cabaña rodeada de muchos árboles y alrededor piscinas y muchos juegos para que mis hijos disfruten.

Yo me encuentro en paz y muy feliz de verlos disfrutar.

En esa cabaña tan hermosa, ubicada cerca del monte, al despertar me encuentro con una paz inmensa y con el sonido de los cantos de los pájaros. El sonido de las risas de los niños jugando y disfrutando en ese parque, el chapoteo del agua en las piscinas tan hermosas que se encuentran ahí.

En ese sueño todo parecía perfecto. Pero, en un segundo de descuido, al levantar la mirada hacia donde se encontraban jugando, notamos que faltaba nuestra hija más chica. Enseguida nos dirigimos al parque

donde se encontraban con su hermana más grande. Le preguntamos: ¿dónde está Martina? En forma inmediata nos contestó que recién estaba acá. Y cuando volteé la mirada ya no la vi más. Rápidamente nos empezamos a poner muy nerviosos porque el parque era muy grande, tenía muchas piscinas alrededor y un enorme monte. Enseguida aumentaron los nervios y la desesperación porque pasaban los minutos y no la encontrábamos.

Buscamos con las personas que también se hallaban en el lugar. Inmediatamente dimos aviso a la policía y a los bomberos que comenzaron la búsqueda. Fue allí donde la encontramos aterrorizada y llorando mucho. Pero gracias a la ayuda de la gente, tuvo un final feliz.

Al abrir los ojos el silencio sigue ahí. Sin embargo, en ese momento siento una tranquilidad inmensa y, a la vez, una esperanza total.

* Unidad N.° 25; Montevideo. Uruguay.



Ilustración: Unidad N.° 4. Montevideo, Uruguay. Autor: Jonhy Galloso.

HORACIO ACERO EFREZ*

El silencio que construye libertad

A mis sesenta y un años, con una vida estructurada desde el ejercicio del derecho, el ingreso a la prisión significó un violento choque de realidad. Pasar de la solemnidad de los tribunales a la rigidez del internamiento fracturó mi cotidianidad, pero encendió una certeza inmediata: los muros de concreto pueden contener el cuerpo, jamás el intelecto. Decidí que el aislamiento no sería un desierto de tiempo perdido, sino un taller de introspección profunda. En ese silencio absoluto, donde el ruido exterior desaparece y solo queda la propia voz, encontré la madurez necesaria para escribir mi libro, Cuando se quiere ser grande. Esa obra no nació de la comodidad, sino de la urgencia de demostrar que la grandeza humana no depende del espacio que habitamos, sino de la inmensidad de nuestros pensamientos.

En la rutina carcelaria existe un vacío que suele devorar los días, pero encontré mi trinchera en la escritura y la docencia. Dictar clases de Ciencias Políticas, Ética y Valores a mis compañeros internos se convirtió en la experiencia más enriquecedora de mi existencia. Ver cómo despierta el pensamiento crítico en quienes la sociedad da por perdidos dota de un sentido real a mi presente. Al compartir el conocimiento, transformamos el silencio del patio en debates con sentido, convirtiendo las celdas en aulas de clase. Esta labor no es solo un acto educativo, es una forma de resistencia frente a la hostilidad del entorno y una mirada de profunda compasión hacia el ser humano.

La resocialización no es un concepto técnico ni un artículo frío del código penal; es una práctica que se vive y se respira cada mañana al preparar una lección. El conocimiento es el único antídoto eficaz contra lo que en mi libro denomino «la universidad del delito», ese espacio donde el ocio y el abandono estatal destruyen a las personas. El verdadero cambio nace de la decisión valiente de reconocer el error propio. Aceptada la culpa, el silencio deja de ser un castigo impuesto y se transforma en el lienzo donde construimos el puente para regresar. Desde este rincón del mundo, demuestro cada día que, sin importar el pasado, siempre es posible volver a empezar.

* Cárcel y Penitenciaría de Mediana Seguridad de Bucaramanga; Santander. Colombia.



Ilustración: Taller López de la Torre. Facultad de Artes. Montevideo, Uruguay. Autora: Agustina Murillo.

YEISON ANDRÉS CASTILLO FEO*

La carreta del silencio

Querida Samantha, Nathaly, y cualquiera que sostenga este papel en sus manos cuando el mundo haga demasiado ruido.

Hoy quiero hablarles desde el lugar más honesto que poseo: mi silencio.

A menudo nos enseñan que el silencio es simplemente la nada, la ausencia total de ondas sonoras. Nos dicen que es un vacío. Pero la física misma demuestra que el ser humano no está hecho para el vacío absoluto. Una vez leí que existe algo llamado la cámara anecoica que significa sin eco, una habitación diseñada para absorber el 99.99% del ruido. Quienes entran allí buscando paz, terminan huyendo antes de una hora o al menos eso decía el dato; al no haber estímulos externos, el cerebro colapsa y empieza a amplificar los ruidos más íntimos del propio cuerpo: sientes como suena tu estómago, tu respiración al inhalar y exhalar, el bombeo de tu corazón como un tambor, escuchas tu sangre recorrer tu cuerpo o el crujido de los huesos y articulaciones al moverte incluso decía que quienes están allí tienen que sentarse ya que el sonido junto con el oído y el cerebro nos ayudan para el equilibrio, el oído interno utiliza los rebotes del sonido en las paredes para ayudar al cuerpo a equilibrarse y saber dónde está el suelo o las paredes y al no existir este las personas terminan por sufrir de vértigo supongo debe tratarse de una experiencia muy extraña e incómoda pero esto no es todo.

El silencio absoluto aterra porque nos encierra, con el único testigo del que jamás podemos huir: nosotros mismos; definitivamente como dice la psicología el ser humano no esta diseñado para el vacio seguramente por eso nos da duro la soledad extrema porque cuando el ruido de la rutina exterior se apaga por completo, el silencio nos obliga a mirar hacia adentro sin anestesia. En una habitación normal o en una celda en la noche, no hay cuñas de fibra de vidrio que apaguen el sonido como en aquella cámara, pero cuando se apaga el ruido del día, lo que se amplifica no es el corazón físico, sino el corazón emocional. Se escuchan los latidos de las ausencias, el eco de los recuerdos, las preguntas pendientes.

En mi vida, el silencio ha sido mi refugio, mi maestro y, a veces, mi mayor peso. En el día a día de un entorno hostil, tosco y ensordecedor como este en el que tengo que vivir, el bullicio agota. Por eso he aprendido a amar el silencio del observador.
Prefiero dar un paso atrás, mirar desde una perspectiva neutral y analizar el comportamiento humano sin la necesidad de contaminarlo con palabras vacías.

Aprendí hace tiempo en medio de los libros que tanto me fascinan leer una lección que hoy quiero dejarles para siempre, la metáfora de la carreta: un padre y un hijo caminaban por un sendero cuando el padre, al poner el oído en la tierra, advirtió que se acercaba una carreta vacía. ¿Cómo sabía que no llevaba carga? Porque entre más vacía está una carreta, mayor es el estrépito, el crujido y el bullicio que hace al andar. Una carreta llena de frutos o de trigo avanza con un peso firme, silencioso y digno. Definitivamente en la vida te encontrarás con muchas carretas vacías: personas que agreden, que gritan y que levantan la voz con hostilidad para ocultar su falta de contenido. Pero no permitan que esto se confunda. Quienes eligen callar, meditar y poner atención a los detalles suelen ser las almas que caminan más llenas de sabiduría y riqueza interior.

Sin embargo, el silencio también tiene garras. A mí me ha tocado conocer sus caras más duras. Existe el silencio de la ausencia, ese que se instala de golpe cuando se va la visita los fines de semana y las puertas se cierran, o cuando cae la noche y se vuelve insoportable el no escuchar la voz de mi hija, de mi pequeña Samantha. Ese silencio no está vacío; está abarrotado de ecos, de abrazos suspendidos y de distancias que duelen en el pecho.

También he conocido la soledad epistémica: ese aislamiento profundo que hace la sociedad cuando quiere castigar, cuando te temen por ser diferente o simplemente cuando no te ajustas a sus estándares esto me hace sentir que la carreta de mi mente está llena de reflexiones, de aprendizajes cultivados en la quietud de los libros y de verdades íntimas, pero que el entorno que me rodea no tiene los canales para escucharme ni validarme y mucho menos comprenderme. Es la soledad de guardar un tesoro que pocos alcanzan a ver y aun mas pocos pueden entender.

Pero incluso en la distancia, el silencio me ha regalado milagros. Como aquella vez que nos quedamos mirando frente a frente con Natha; un silencio sagrado donde, sin pronunciar una sola palabra, con una mirada y una sonrisa, nos lo dijimos todo absolutamente todo. Ese recuerdo es mi prueba de que hay hilos invisibles que las paredes o las rejas no pueden cortar.

Cuando mi silencio se vuelve tan denso que empieza a gritar más fuerte que el ruido mismo —un silencio matador que amenaza con ahogarme—, he encontrado mi pararrayos: la escritura. Sentarme con papel y lápiz es mi válvula de escape. Obligó a la tormenta a ordenarse y transformó el estrépito en letras, en poesía y en lecciones de resiliencia para que viajen hacia ustedes. Escribir me permite soltar el aire, exhalar ese «¡Ahhhhjjjj!» profundo del alma, y convertir el grito silencioso en un canto de resistencia.

A quien lea esto en el futuro: si alguna vez te encuentras en un silencio que te abrume, no temas. No intentes llenarlo con el ruido de una carreta vacía. Escucha tu propio corazón, aunque truene. Usa ese espacio para mirar hacia adentro, para sembrar en lo profundo y resistir con dignidad.

Hijita Sami, Natha, a mis hijos mayores Cristian y William y al mundo en general ... Aquí les dejo mi mente lo que calla mi corazón y mi proceso, suspendidos en el papel, demostrando que estar en silencio no es estar ausente. Es estar completamente lleno.

* Cárcel y Penitenciaria de Media Seguridad "la Modelo"; Bogotá. Colombia.



Ilustración: Taller López de la Torre. Facultad de Artes. Montevideo, Uruguay. Autora: Milena Leyton.

ÁLVARO FERNANDO BENAVIDES MORA*

El sonido del silencio carmesí ...

En Villaviciosa en aquellas épocas antiguas en una espectral noche de fin de año, yacía una sombra de muerte que en silencio esperaba el momento oportuno para deleitarse de la sangre de aquellas familias inocentes que en su amor celebraban aquella noche buena, la muerte tomo su impulso y el día siguiente cientos de cadáveres de niños y hasta ancianos teñían las calles de rojo carmesí en aquella hermosa ciudad.

En terror de lagrimas, los pensamientos de un gran defensor de aquella noble ciudad, hombres de armas tomar fusil y pertrechos, azadones y machetes, recuerda la noche anterior cuando con amor, ternura y esperanza de la llegada de un divino salvador se disponía a celebrar aquella noche buena con abrazos, regalos y grandes banquetes dignos de una villa terrenos fértiles, grandes sembrados y toda una clase de ganado.

200 años después el silencio de aquella amarga noche, vaga en los recuerdos de una historia olvidada y de aquellos huesos de este gran defensor y mártir de aquellas fértiles tierras que circundan la gran montaña de fuego, hoy reposa en una urna que desde el centro de la ciudad en un silencio aún claman por justicia...

* Cárcel Judicial de Pasto; Nariño. Colombia.



Ilustración: Unidad N.° 24. Soriano, Uruguay. Autor: Alejandro Acosta.

FAVIO LIKAI*

Yo que sé ...

Silencio: brisa desnuda que envuelve el viento. Atardecer mirando una hoguera como en un cuento. Se manifiesta en una expresión que parece abarcar el universo. Tu mente lo resume, lo analiza y también lo distorsiona.

Encerrado en un salón de cuatro por cuatro, nos tomamos tres minutos de silencio para escuchar. Entonces aparecieron los ruidos exteriores: llamaban a Mario el llavero, se abrían las rejas, había murmullos y discusiones entre pasillos, palabras fuertes, golpes en el techo, el canto de un pájaro. Hacia adentro se escuchaban hojas que se movían, sillas, parloteos, risas y las bondades del habla.

Fue entonces cuando comprendí que el silencio no es ausencia de sonidos. El silencio está en otra parte. Al hablar, muchas veces decimos lo que los demás quieren oír, y no lo que verdaderamente nos dice el silencio. Si discutimos o buscamos un acuerdo, la verdad no siempre está en las palabras. A veces está solamente en lo profundo de nuestro interior.

En ese momento mágico de silencio, si verdaderamente lo deseas, puedes encontrar una respuesta. Tu conciencia, el razonamiento, la meditación y hasta el dolor hablan allí con una fuerza distinta. Todos juntos gritan más fuerte en el silencio que en cualquier discusión.

Quizás personas como Mandela, Gandhi o la Madre Teresa comprendieron el lenguaje propio del silencio. El mundo reconoció sus acciones, pero cuántas verdades, cuántas buenas obras y cuántos gestos quedaron para siempre sin ser nombrados. Las guerras, los genocidios y el poder hacen mucho ruido después. El silencio, en cambio, trabaja antes en la conciencia.

Mente, sabiduría, verdad, reorganización. El silencio es una forma de organización mental. Un espacio donde uno se encuentra consigo mismo y escucha aquello que ninguna voz puede decir.
Yo qué sé ... Tal vez el silencio sea simplemente eso: la parte más sincera de nosotros mismos.

* Unidad N.° 16; Paysandú. Uruguay.



Ilustración: Unidad N.° 20. Salto, Uruguay. Autor: Gustavo Damián Barboza López.

FLORENCIA TUCUNA*

Donde todo empieza

El silencio es una pausa entre un pensamiento y el siguiente. Un espacio breve, casi invisible, donde la mente descansa antes de volver a correr.

Dicen que es el recurso de los sabios. Una herramienta. Yo creo que también es la intimidad más real del ser.

Puedo estar callada y, sin embargo, mi cabeza ser un ruido constante. Un pensamiento empuja al otro. Una pregunta abre otra pregunta. El silencio de la boca no siempre es el silencio de adentro.

Pero cuando logro entrar en silencio de verdad, es cuando soy. Soy conmigo. Es cuando mi verdad se valida, errada o no, pero mía.

En silencio hablo.
En silencio bailo.
En silencio lloro.
En silencio callo.

Callo por vergüenza o callo por inteligencia. Porque no toda palabra merece salir al mundo. Algunas necesitan quedarse un tiempo más adentro.

El silencio es el recurso. La herramienta.

Saber usarlo determina el límite entre lo que soy y lo que muestro ser. Por eso filtro mis palabras. Las dejo pasar una por una, como quien revisa lo que lleva encima antes de cruzar una puerta.

El silencio me ordena.

En silencio me quiebro y me reconstruyo. Es la mano que detiene la reacción espontánea. El freno de la palabra ansiosa. El lugar donde la rabia pierde velocidad y el pensamiento encuentra forma.

El silencio es el verdadero punto de inicio. Allí nacen el arte, el entendimiento y la fe. También las dudas. También los miedos. Todo comienza en ese territorio que parece vacío y no lo está.

Porque siempre hay sonidos en el silencio.

Está mi respiración.
El canto de un pájaro.
El ruido de mi estómago.
El eco lejano de una puerta.
Los pasos de alguien que pasa.

No existe el silencio absoluto.

Tal vez porque el silencio no sea una ausencia. Tal vez sea una presencia distinta. Un reposo del cuerpo y de la mente. Un lugar donde nada parece ocurrir y, sin embargo, todo empieza.

* Unidad N.° 16; Paysandú. Uruguay.



Ilustración: Taller López de la Torre. Facultad de Artes. Montevideo, Uruguay. Autora: Nattali Brun.

FACUNDO*

Sin título

A veces pienso que el silencio me habla
y otras que soy solo yo
tratando de entender mis propias palabras.
He buscado respuestas en el ruido del mundo
irónico de quien no quiere perderse un segundo.

Hay preguntas que laten cuando todo está quieto
y verdades que duelen
más que un disparo directo.
Me perdí en mis razones
me hundí en mis pensamientos
quise callar la mente,
pero grita en el silencio.
Y aunque intento apagarla,
regresa sin aviso
como si mi conciencia
fuera mi propio castigo.

He estado lejos...
tan lejos de mi
intentando entender...
intentando entender...
lo que nunca entendí.

Si el ruido está afuera o vibra en mi ser
no se si busco paz o miedo a entender.
Cada día es un reflejo
que no logro descifrar
me veo en los demás y no me logro encontrar.

Hay caminos que se cruzan sin destino ni señal,
y otros que te rompen pero enseñan a mirar.
Mis virtudes y defectos
duermen en la misma piel.
Soy la cura y la herida
el infierno y el papel.
A veces siento que pensar es mi condena
y que callar la mente sería mi mayor pena.
Vivo en calma
miro en mi propio espejo
miren mi alma
A veces me veo muy lejos.

Mi mente se desarma, por eso camino lento.
Solo es un nuevo sol en mi mente que contemplo.
Mi mente es un laberinto
donde el tiempo se disfraza,
y el alma se pregunta si la vida no me abraza.
Pero sigo escribiendo aunque duela pensar.
Porque el arte es la forma más pura de respirar.

Y si el mundo no escucha
no me importa el aplauso
mi verso no pretende un podio sino un abrazo,
que el rap no es ruido, es la voz del que siente
una poesía viva
latiendo en los pasillos de mi mente

entre el silencio y yo...
aprendí que no todo se dice
que hay verdades que solo se piensan....
y aún así pesan...

* Unidad N.° 22; Rocha. Uruguay.



Ilustración: Unidad N.° 3. San José, Uruguay. Autores: Luis Acuña, Diego Furtado y Gonzalo Rotela.

LUIS ACUÑA, DIEGO FURTADO Y GONZALO ROTELA*

Entre notas y silencios

Brota una nota,
así como en el fondo de la música,
que mientras vibra, crece y se adelgaza,
hasta que enmudece.

Desembocamos al silencio, que te hace callar en la mesa.,
que te hace callar cuando te haga el ruido en el estómago.
que sube, que crece y nos suspende.

Brotan los recuerdos, las esperanzas,
las ansiedades, y la necesidad de que esta herida,
supure los apartados, marginados
y encerrados sueños.

* Unidad N.° 3; San José. Uruguay.



Ilustración: Unidad N.° 20. Salto, Uruguay. Autor: Gustavo Damián Barboza López.

El tren de la vida

Mirta encara un viaje con 84 años en un tren que no tiene llegada ni destino, pero se asoma en silencio como una lágrima en la mejilla. Alguien te va a despedir.

A Maruja me tocó a mí ser fuerte y despedirme, pues fue mi abuela. La que me enseñó a respetar y aprender lo fundamental de la vida. Fue difícil llevarla a la estación de tren.

Después quedamos Mirta, Ernesto y Milagros.

Ernesto, alias Sifón, fue más que un tío, fue un padre que nunca tuve. Me llevaba en los viajes cuando salía con la yegua y su jardinera. El animal brillaba de hermosa que la tenía. Pero para mi pimpollito Milagros, fue como un abuelo.
Me tocó la parte más dura, tener que llevarlo en mis brazos a la estación. El tren venía suavecito y en silencio por su cuerpo y su alma.

Es un momento duro y una marca más en la mente y en el alma.

Me toca la parte más difícil del cuento, despedir a Mirta. Fue mi mamá. Ella trabajó toda la vida de empleada doméstica para que a su hijo no le faltara nada.

Con ella no llegué a tiempo a despedirla. Pero el tren va a pasar por todos, algunos antes, otros después, no le pongas duda. No se rompe ni se pierde y no falla. A mí me pasó por delante, espero mi ticket del viaje.

Espero que lleguen a buen destino. Buen viaje, familia.

* Unidad N.° 25; Montevideo. Uruguay.

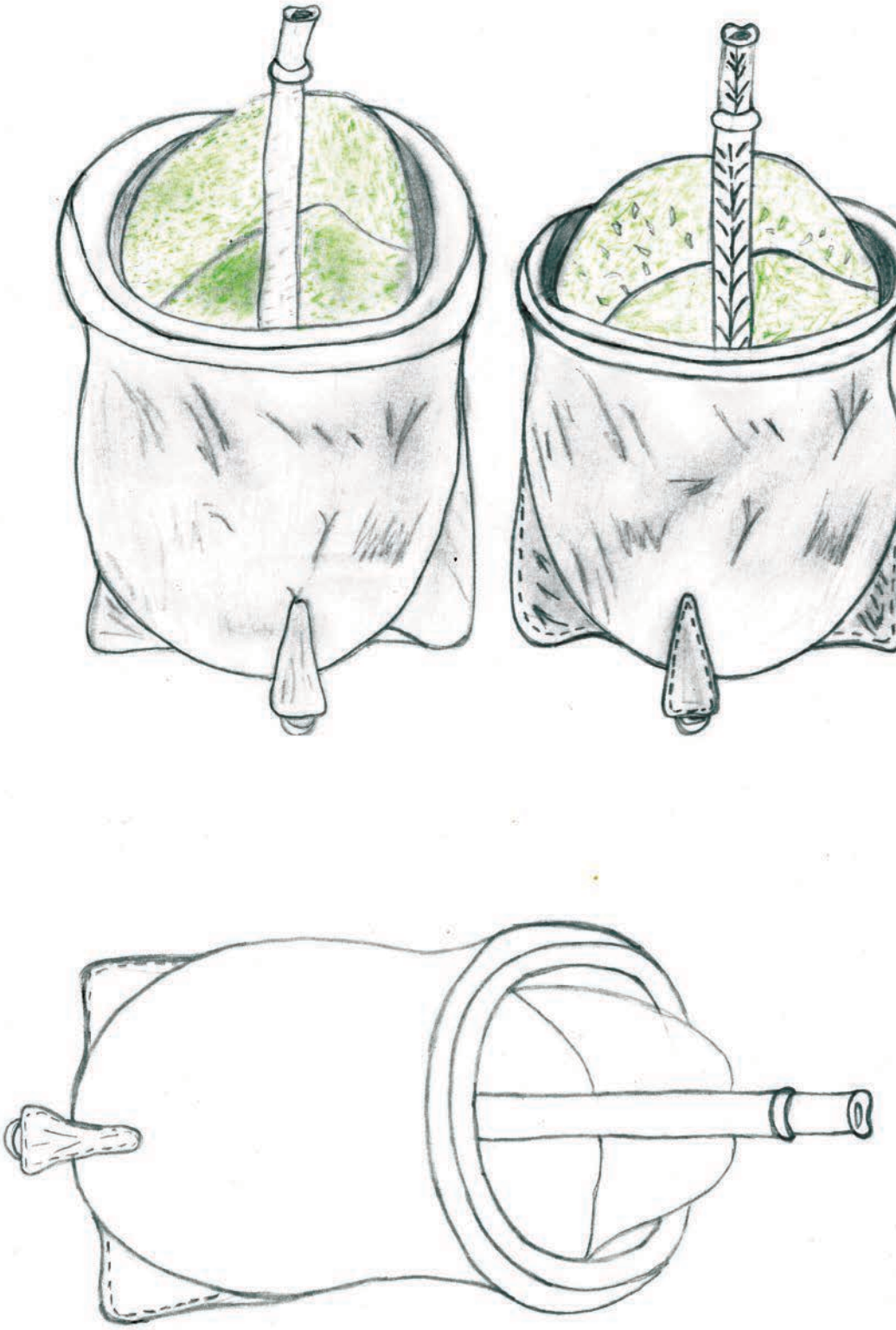


Ilustración: Unidad N.° 4. Montevideo, Uruguay. Autor: Jonhy Galloso.

MELYSOL JCV*

Los tesoros que la vida me regaló

El silencio en familia era solo al dormir.
Papá y mamá se levantaban. Sacábamos los perros y los gatos al patio, y empezaba la rutina. Un baño, aprontar el desayuno y despertar a la adolescente para ir al liceo porque ya estaban por terminar las clases.

Luego despertábamos a las pequeñas Victoria y Mel. Comenzaba la aventura con papá. Ellas desayunaban mientras papá tomaba mate con la abuela Sol. Victoria y Mel comenzaban:
– ¿A qué hora vamos a la playa?
- En un rato – contestaba papá.
Les gustaba ir porque papá trabajaba en la playa y había tres perros a los que ellas les daban de comer.
- ¡Vamos al agua, papá! – decían riéndose, saltando y aplaudiendo.
Después de que se divertían un rato:
- ¡Papá, tengo hambre!
- ¿Comemos hamburguesas? – contestaba papá.
- ¡Sí! – respondían ellas mientras aplaudían.
Después de estar todo el día en la playa nos íbamos para casa. En el camino:
- ¡Papá, quiero algo rico!
- No tengo plata. Vamos que me voy a comprar la carne – bromeaba papá y ellas ponían caritas tristes.
- ¿Y los helados? – decían Mel y Victoria.
- No me da – contestaba papá. Terminaba de comprar y sacaba de la bolsa los helados.

Ellas se reían y decían:
- Siempre hace lo mismo, papá. ¿Podemos comer antes de llegar a casa?
Llegábamos a casa y papá se ponía a hacer el fuego. Ahí aparecían a ayudar; nunca se quedaban sin energía.
- ¿Qué tenemos que hacer? ¿Picar las verduras? – preguntaban
- No, primero lo primero.
- ¡Ah, lavarnos las manos! – repetían.
Mientras cocinábamos, poníamos música y bailábamos todos juntos.
Después de comer decían:
– ¡Queremos postre!
Y papá bromeaba:
- Una cucharada de azúcar.
- ¡Nooooo!
Ahí mamá venía con el helado.
Mamá se encargaba de lavar los platos y Victoria y Mel se iban al cuarto, mientras papá ayudaba a limpiar.
Se escuchaban las voces desde el cuarto:
- ¡Vení, papá, vení!
Papá iba al cuarto y ellas se escondían hasta que las encontraba. Luego tomaba asiento y venían con maquillaje:
- Vamos a pintar a papá – decían, y lo vestían de princesa.
Subía mamá al cuarto, se reía y se unía al juego. Era todo risa.
De la risa, pasábamos al silencio cuando dormíamos y del silencio pasábamos a la risa. Papá era un niño más, le encantaba estar con ellas.

* Unidad N.° 25; Montevideo. Uruguay.



Ilustración: Unidad N.° 4. Montevideo, Uruguay. Autora: educadora PNEC Andrea Risso.

ESTEBAN PÉREZ, MARCOS IBÁÑEZ Y NICOLÁS BENÍTEZ*

La única verdad

Mientras caen
las pequeñas mentiras y las grandes
brotan del fondo del silencio,
en donde se enmudecen
otros silencios,
aguda, torre, espada...
Se desvanece el grito.
Diré otra vez que no
a callar, a callarse,
la única verdad.

* Unidad N.° 3; San José. Uruguay.



Ilustración: Unidad N.° 4. Montevideo, Uruguay. Autor: Ignacio Suárez.

JAVIER MARGARIÑOS*

Silencio

Silencio, que todo el mundo se calle, que solo se sienta, se escuche en el aire el sonido de mi voz y de muchos de nosotros y nosotras que estamos de este lado de la frontera, olvidados. Con una voz apagada, apagada por una llave de la «LUC» térmica por el cortocircuito de muchos años a la sombra, sin luz y marginados por esa llave que no sube. Pero se puede cambiar, sin gritar, con una hoja y una lapicera. Hoy tengo la chance y la valentía para poder subir esa llave, sin gritos, sin discurso, con la ayuda de la tía lapicera y el tío cuaderno y la ayuda de mis amigas las manos, Atenea y Artemisa, estamos subiendo esa llave y contando ese silencio de muchos años a la sombra y sin luz.

Mayo, mes de la memoria y el silencio, donde mucha gente se juntó, se abrigo y salió a nuestra principal avenida a marchar en silencio por aquellos y aquellas personas que desaparecieron, murieron en una de las épocas más tristes de nuestra historia: la dictadura, un 27 de junio de 1973 hasta 1985 cuando llega la democracia, el sol empieza a salir y los pájaros empiezan a cantar. El silencio es oído, se escucha de otra manera. Después de aquellos años en silencio, donde solo se escuchan tiros, corridas, y golpeteos de puertas, frenadas en alta velocidad y el llanto de la gente a cualquier hora del día y de la noche. Hoy se escucha de otra manera. Todo empezó en el acto en el obelisco, 27 de noviembre de 1983, la mayor manifestación política en la historia

reciente del país, 400 mil personas gritando y marchando por la democracia. Hoy hace 30 años que marchamos en silencio por aquellas personas que desaparecieron en silencio.

Cambiemos el silencio, que lindo es dormir una siesta, en la noche y mejor con la persona que queres, en silencio. Hacer el amor en silencio, escuchando solo besos y el gemir de una mujer que tenes entre tus brazos, que hermoso es el silencio. Ver a tus hijos, nietas jugar, gritar y saltar, deseando que llegue la hora de que se cansen, se duerman y vos en silencio poder la tele mirar. Qué lindo ser niño y jugar, gritar, saltar y todos los días igual. Pero también ir a la cancha, ver a tu cuadro favorito hacer un gol en el último minuto y dejar a la otra hinchada en silencio, que alegría que me da. Muchas veces tuve que callar y saber escuchar, hoy soy un afortunado por reconocer y en silencio escuchar todas esas palabras que al odio sabe diferenciar y apreciar, de la mano del corazón, todos aquello gritos que muchas veces me hicieron mal por no saber escuchar. En silencio vine y en silencio me voy a ir en libertad. En silencio escucho a mi madre, los gritos de niño que siempre acostumbraba a dar, veni para acá, portate bien, salí de ahí, pero el que más recuerdo y los sigo escuchando es, «te amo hijo» y en silencio le contesto, «yo también mamá». Como dice la canción de Jorginho Gularte porque yo tengo en la sangre una nueva vida, con la luna y las estrellas el compas de mi tambor, siiiilencio que todo el mundo se calle, que solo se escuche el aire, el sonido de mi voz diciendo, gracias de corazón a todos y todas las personas que en silencio creen y confían en mí.

* Unidad N.° 4; Montevideo. Uruguay.



Ilustración: Unidad N.° 16. Paysandú, Uruguay. Autora: Alison Echeverría.

NACHO MADERA*

Novia Eterna

¿Que si conocí a Marcela? ¡Cómo no! Creo que tenía dieciséis … sí, estaba por cumplir los diecisiete. ¡Caray! Desde la secundaria era del cuadro de honor. En la prepa nos tocó juntos; yo me le pegaba cuando eran trabajos grupales, cómo no. Salía de estudiar y se iba a trabajar: le ayudaba a una señora que vendía gorditas al carbón. De hecho, una vez llevó a la escuela, las recalentamos en el microondas de la cafetería y nos invitó a varios compañeros. Eran de rajas, frijoles, queso y chicharrón. Muy buenas las gordas; y ella, un excelente ser humano, cómo no.

Casi todo lo que ganaba Marcela era para ayudar en su casa, pues nada más se quedaba con lo de los pasajes de la semana. Por la tarde le gustaba ir a correr alrededor de la plaza y hacer ejercicio. Un día me platicó que allí mismo, en el área de juegos, un grupo de chavos comenzó a juntarse a fumar y tomar. Dijo que ya no se sentía a gusto, porque cuando pasaba corriendo por donde estaban, uno de ellos la barría con miradas lascivas. Eso no era todo. Después le guiñaba el ojo, le sonreía y también le hablaba con el clásico, «¡He, amiga!». Durante una semana entera ese fue el tema de conversación. Cómo no.

Así que llegó un momento en que me ofrecí para acompañarla y ponerle un alto al tipo. Marcela me dijo que no, que no me quería exponer. «Gracias, pero no quiero que te vayan a hacer algo, Mario, por fa». Acordamos

en que ella iría a enfrentarlo esa misma noche. Quería dejarle claro que no le interesaba y que ya no la molestara más (inhala, exhala ...). Fue esa la última vez que platicamos.

Los que estuvieron cerca y presenciaron el trágico momento contaron que dos morros llegaron a la maldita plaza en una moto, deteniéndose frente a los juegos. Algo le dijeron o le preguntaron al grupito de chavos. Después, el que iba atrás, sentado en la moto, sacó de la chaqueta un arma y rafagueó al grupito ese. Ahí estaba ella.

A la mañana siguiente, uno de los periódicos publicó la entrevista del fiscal, diciendo que cuatro jóvenes de sexo masculino y una fémina habían sido asesinados. Al parecer, los cinco pertenecían a un grupo delictivo y eran narcomenudistas, ya que, entre sus pertenencias, encontraron dos armas de fuego, un móvil de radiofrecuencia, teléfonos con contenido bélico, mil pesos en efectivo, veinte dosis con características de la cocaína y otras tantas de cristal. Uno de ellos contaba con antecedentes penales, y, posiblemente, la joven era quien los lideraba. Lamentaba que las y los jóvenes siguieran sumándose a las filas de los cárteles.
Marcela tenía un futuro prometedor, deslumbrante.
Fue mi novia, mi primer amor.
Como nunca cortamos, será mi novia eterna.
¡Cómo no!

* Centro Penitenciario Varonil de Torreón; Coahuila. México.



Ilustración: Unidad N.° 4. Montevideo, Uruguay. Autor: Jonathan Rodriguez Valdes.

¡Noches claras, dias oscuros!

La oscuridad se va disipando mientras las sombras cautelosas se desvanecen en el que parece ser un nuevo amanecer, poco a poco, el dia va despertando con las primeras luces que se intuyen en la lejania, apostados en los pocos arboles que puedo imaginar, los pajaros entonan sus primeras tristes melodias y con ellas, me alcanza el recuerdo que es hora de levantarse, para afrontar una jornada mas, en esta tierra castigada por el tiempo perdido. En el lejano horizonte, por la pequeña ventana que gobierna mi estancia, casi puedo alcanzar a discernir aquellos recuerdos sobre parajes en los que antaño, se me permitió vivir, y que melancolicos, se alojan ahora en el cajon de los suefios rotos. Los dias caen lentamente uno tras otro como pesados martillos despiadados dentro de mi cabeza, sin tregua ni descanso, me veo obligado a afrontar un dia mas, esta repetición de acontecimientos que parecen incapaces de alcanzar el fin. Desconcertado, perdido en la diminuta estancia donde reposan encadenados mis pensamientos, me invade la razón de que quizás hace ya demasiado que perdi la cuenta de las mañanas, en las que me planté delante del viejo espejo que atrapa mi mirada desconsolada, en un mar infinito lleno de dolor donde solo se permite navegar sin rumbo, a aquellos marineros más osados y valientes. Y es entonces, una vez mas, cuando las marcas del tiempo sobre mi rostro, me recuerdan que nada se detuvo, y que incluso aquí, no pude evitar el consumo incesante de mi vida. Y aunque el paso del tiempo ha hecho mella en mis recuerdos, la continua batalla contra el olvido, ardua y cruel, persiste junto a la esperanza de que un día,

quizás alcance de nuevo mi cabeza un pensamiento lleno de esperanzas renovadas que dicte el devenir de un nuevo comienzo lleno de ilusiones reencontradas ... Y sin previo aviso llega el dia en que quizás todo pueda ser distinto, el dia en que quizás la vida me pueda brindar de nuevo la oportunidad de volver a besar los labios de una humanidad: casi olvidada, el día en que mi cuerpo pero seguramente no toda mi alma, abandone este lugar, pues una parte de mi, quedara atrapada por siempre más entre las redes de la desesperación que me han mantenido cautivo durante estos largos y ociosos años, en un sin sentido de acontecimientos que poco cambiantes me parecieron unos de otros ...

Con la maleta llena de lágrimas que preferiría arrojar en el profundo pozo del olvido, me dispongo a atravesar las murallas que separan la muerte de la vida, pues en este lugar maldito, nada bueno acontece, solo el temor de un cautiverio que nadie sabe con certeza cuando alcanzará su final. Ahora, encontrandome al otro lado de una orilla incierta donde aguarda vigilante lo desconocido, me detengo por un instante para respirar profundamente y sin mirar atrás, con los ojos húmedos y cerrados, sumido en mis pensamientos más íntimos, le lanzo a mi cielo interior, la firme promesa de que jamás volveré a pisar estas tierras sembradas de odio y regadas por la desolación, ha llegado la hora de abrazar para siempre, la vida que un dia me fue concebida para ser vivida en plena armonía.

Un reo.
Centre Penitenciari Ponent, Catalunya. España.

* Centre Penitenciari Ponent; Catalunya. España.



Ilustración: Centro de Detención Preventiva (CDP) de Taltal. Región de Antofagasta, Chile. Autor: Isaac Arancibia.

GUSTAVO LEAL*

Elijo la vida

No quise dormir sin sueños.
Elegí la ilusión que me despierta,
el horizonte que me espera,
el proyecto que me impulsa;
y no la vida vacía de quien no busca nada,
de quien solo pretende sobrevivir cada día.

No quise vivir en la angustia.
Elegí la paz, la esperanza, la luz;
el llanto que desahoga y libera,
y no el que inspira lástima en lugar de
soluciones.
Elegí la queja que denuncia y se grita,
no la que se murmura y no transforma nada.

No quise vivir cansado.
Elegí el descanso compartido, el abrazo del
amigo, el camino sin prisa, recorrido en compañía;
y no la carrera interminable,
el no parar nunca, el no dormir jamás.
Preferí avanzar despacio, pero constante,
llegar más lejos habiendo disfrutado del paisaje.
No quise huir.

Elegí mirar de frente,
levantar la cabeza
y enfrentar mis miedos y fantasmas,
porque no desaparecen
cuando les damos la espalda.

No pude borrar mis errores,
pero elegí perdonarme, aceptarme, quererme;
llevar con dignidad mis sombras
y reconocer también mis dones.

Elegí no quedarme anclado
en lo que no pude cambiar,
en el dolor causado o recibido.

Elegí aceptar el pasado
para poder abrazar el presente.
No quise vivir solo.

Elegí la alegría del encuentro,
de dar y compartir;
y no el resentimiento que encadena y aísla.

Elegí el amor.

* Unidad carcelaria N.° 1 de Villa las rosas.; Salta, Argentina.





Ministerio
de Educación
y Cultura



Dirección
Nacional de
Educación



Programa Nacional
de Educación
en Cárceles







Red Distrital
de Bibliotecas
Públicas de
Bogotá



SECRETARÍA DE
CULTURA, RECREACIÓN
Y DEPORTE

